

INVASIÓN FANTASMA

LAW SPACE

Invasión fantasma

Colección ESPACIO

Invasión fantasma

POR

Law Space



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Depósito legal: B. 12.109 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY - Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona

PRÓLOGO

Ahora estaba dormida a su lado. Mirándole de reojo, Peter, podía ver el óvalo perfecto de su rostro, que un mechón de pelos rubios, negligentemente caídos, cubría desde la frente hasta la comisura derecha de los labios. Éstos, aun siendo delgados, poseían un trazo femenino que le daba a la boca el apetitoso color de una cereza entreabierta.

Su vestido, un traje de sastre gris azulado, le iba a las mil maravillas y ella se había quitado la chaqueta, pensando que iban a atravesar gran parte de Arizona, dejando su torso envuelto en aquella camisa roja que dibujaba con precisión la curva juvenil de su pecho.

Era una criatura hermosa.

Pero para Peter, ahí se detenían los conocimientos que de ella tenía, sabiendo solamente lo que ella la había dicho en el «hall» del hotel, cuando, inesperadamente, se acercó a él.

Al recordar aquellos instantes, Peter Holder no podía evitar una mueca de disgusto hacia sí mismo, ya que poseía la seguridad de que se había comportado un tanto estúpidamente; pero, en realidad, cualquier hombre hubiese hecho lo mismo en idénticas circunstancias.

Él, con la maleta en la mano y la cuenta del hotel que acababa de pagar en conserjería, se dirigía al bar para comprar un par de paquetes de cigarrillos, cuando ella se le acercó, llevando también un pequeño maletín.

Y sin más dijo:

—Va usted a Los Ángeles, ¿verdad, señor Holder?

Peter la había mirado, ganado aún por la sorpresa y la deliciosa impresión que le había causado la muchacha; después, tras una pausa que ahora, al recordarlo, le parecía neciamente larga contestó:

—Sí, voy a Los Ángeles. ¿Cómo lo sabe?

—Lo he oído en la conserjería —repuso ella.

Pero Peter estaba completamente seguro de que cuando abonó la nota y comunicó, era verdad, su destino al empleado del hotel, no había

absolutamente nadie allí.

Y como se quedó enredado en aquellas ideas, ella dijo:

—Perdone mi osadía, señor Holder. Iba a tomar el avión, pero lo he perdido. ¿Le molestaría llevarme hasta Los Ángeles?

Ningún ser humano, de sexo masculino y de menos de treinta años, edad que iba a cumplir Holder, se hubiese negado a llevar a aquella muchacha hasta donde fuese.

—Con mucho gusto, señorita...

—Me llamo Lucy Greene.

—Yo Peter Holder.

Se estrecharon la mano.

Ella entonces hizo un gesto a uno de los botones y seis maletas, de buen tamaño, aparecieron, llevadas por tres «grooms» que las colocaron en la parte posterior del «Cadillac» de Holder.

«Me llamo Lucy Greene.»

Eso era todo lo que sabía de ella. Porque, apenas abandonaron la ciudad, penetrando en la autopista que atravesaba el desierto, Lucy se había apoyado en el asiento, quitándose la chaqueta y había cerrado los ojos, quedándose, a los pocos instantes, completa y apaciblemente dormida.

Aburrido por la monotonía de la carretera, Peter Holder hubiera deseado que ella hablase, haciendo más corto el interminable camino del desierto; pero ahora no se atrevía a despertarla, complaciéndose en una contemplación detenida.

Encendió otro cigarrillo —había vaciado casi un paquete desde que salieron del hotel —y sus ojos se posaron sobre el aparato de radio, diciéndose que hasta el placer de oír música le estaba vedado.

No sentía irritación alguna por aquellos contratiempos que hacían tan aburrido el trayecto, pero su deseo hubiese sido, evidentemente, otro.

¿Quién era aquella muchacha?

Mientras los botones pasaban ante él, llevando las maletas de ella, Holder vio el enorme número de etiquetas que había sobre el equipaje de la muchacha. Las había de todas las partes del mundo y los nombres de los hoteles más conocidos de los Estados Unidos se avecinaban con los de América del Sur, Europa, Asia y Oceanía.

Incluso vio uno de grises colores con los raros caracteres rusos.

Lo que le extrañaba era que aquella criatura que viajaba tanto no tuviese

un coche, prefiriendo trasladarse en avión, como había dicho, o haciendo un atrevido y siempre peligroso «auto-stop».

Holder sonrió.

Claro que, en su caso, Lucy podía dormir completamente tranquila.

Pero Holder pensaba que no todos los conductores eran como él y que las carreteras estaban llenas de Don Juanes de mirada brillante, que se pasaban la vida esperando encontrar una ocasión tan fantástica como ésta.

Sonrió.

Era posible —todo lo es en las mujeres —que ella hubiese adivinado su manera de ser. De otra manera, no se hubiera abandonado de aquella forma, poniéndose a dormir como si viajase con su esposo o con un hermano.

«Las mujeres —pensó Peter —poseen una intuición que raramente les equivoca. Y esta señorita Greene parece inteligente...»

Le complacía aquel pensamiento.

Por último, cansado de especular sobre la muchacha, prefirió buscar en sus propias preocupaciones un derivativo que le alejase del aburrimiento que estaba padeciendo.

Las vacaciones habían cumplido la misión de descanso, del descanso y la paz que necesitaba después de seis meses de ininterrumpidos trabajos, y ahora, ya de vuelta a la fábrica, deseaba verse nuevamente envuelto por los aparatos de control, bajo la experta mirada de su director, Edward Fraser.

¿Habría encontrado el viejo la solución de aquel problema de aleaciones que los traía de cabeza desde hacía tantísimo tiempo?

Peter estaba seguro de que no.

No porque Fraser no poseyese la competencia para lograrlo, puesto que era uno de los metalógrafos más ilustres de los Estados Unidos y con una autoridad que rebasaba, en la materia, las fronteras del país.

Pero Holder sabía que su director no podía ocuparse de aquel asunto de la manera preferente que se necesitaba, ya que la marcha de la fábrica estaba en sus manos y mil cosas distraían constantemente su atención.

Su caso era distinto.

Destinado exclusivamente al laboratorio de investigaciones metalográficas de la Fraser, Peter no tenía otra misión, por el momento, que trabajar para lograr aquella aleación, ya que la habían bautizado con el nombre de «cromo-tántalo» y que iba a revolucionar la fabricación de aviones.

Holder pensó en aquella pequeña muestra, del tamaño de una cuartilla,

que había logrado un par de meses antes de empezar las vacaciones. Aquella sustancia pesaba casi como si realmente hubiese sido de papel y resistía presiones y temperaturas indecibles.

Pero no hubo modo de obtener más.

Algo falló en los cálculos que se habían hecho para su producción en cantidad y de nada valieron los esfuerzos que Holder hizo para repetir la experiencia que le había hecho descubrir aquella aleación, el «cromo-tántalo».

Por eso, el viejo le había puesto un cheque en la mano, ordenándole, sin remisión, que se fuese a Las Vegas y se tomase un descanso que aclarase definitivamente sus ideas.

Una voz las turbó ahora:

—¡Oh!

La exclamación de la muchacha, que él creía seguiría durmiendo, fue tan inesperada, le llegó desde tan lejos de los problemas que ocupaban su mente, que se sobresaltó, frenando la marcha y terminando por detenerse junto al borde de la carretera.

Enrojeciendo de vergüenza, se volvió hacia ella, diciendo:

—Perdone... pero me ha asustado.

Ella también sonrió.

—Yo también me he asustado.

—¿Sí?

—Sí. ¿Quiere darme un cigarrillo?

Obedeció Holder, sacando al mismo tiempo el extremo del encendedor eléctrico de a bordo. Fue entonces cuando echó una ojeada al reloj.

—La una menos cuarto —dijo, mientras ella encendía el cigarrillo.

Ella asintió:

—Sí, hemos tenido suerte. Me he despertado a tiempo.

Él volvió a colocar el encendedor, frunciendo el entrecejo ante las extrañas palabras que la muchacha acababa de pronunciar.

—¿Qué quiere usted decir? —se atrevió finalmente a preguntar.

—Que me he despertado a tiempo. Me alegro.

—¿Es que no va usted a Los Ángeles?

—Sí; no es eso, señor Holder. Lo que ocurre es que acabo de darme cuenta de que vamos a tener un accidente.

—¿Eh?

No pudo evitar que un escalofrío de inquietud le recorriese la espalda. ¿Se habría embarcado, sin darse cuenta, en una aventura con una loca?

—No estoy loca, amigo mío —dijo ella—, aunque es lógico que piense usted así.

—Pero... —balbució él —¿es que sabe usted lo que estoy pensando?

—Sí. Y le pido perdón, ya que no es correcto utilizar mis poderes con alguien tan amable como usted.

—¡Me da vueltas la cabeza! —confesó él.

—No se preocupe. La verdad es que no tuve tiempo de presentarme debidamente. Y es que usted, un hombre dedicado a la investigación de metales y aleaciones, no tiene tiempo para ir al circo, ¿verdad?

—¿Al circo?

—Sí. Yo trabajo en la pista desde hace algún tiempo: soy telépata.

Peter abrió la boca, sin poder decir absolutamente nada.

—Pero —prosiguió ella—, además de telépata, poseo ciertos poderes intuitivos; por eso le dije que vamos a sufrir un accidente.

—¿Un accidente.... nosotros?

—Sí, pero no se preocupe: será una cosa sin mucha importancia. Casi hubiese sido mejor no decírselo, pero, la verdad es que, después de lo amable y servicial que usted ha sido conmigo, era lo menos que podía hacer para corresponderle.

Holder había sacado, con dedos temblorosos, el paquete de cigarrillos del bolsillo de su camisa, y encendió uno, demostrando su nerviosismo.

Ella dijo:

—Ya le he dicho que no debe intranquilizarse; no será nada grave.

¡Era demasiado!

Peter expulsó el humo de una sola bocanada y declaró con franqueza:

—Escuche, señorita Greene: usted comprenderá que ninguna persona normal dejaría de alarmarse si, en pleno desierto, una joven a la que se lleva a Los Ángeles, hablase de repente como usted lo ha hecho. ¿Está segura, al menos, de haberse despertado por completo de su sueño?

La muchacha preguntó:

—¿Quiere decir si estoy soñando todavía?

Peter dijo, secamente:

—¡Llámelo usted así!

Ella sonrió.

—Le comprendo perfectamente, señor Holder. No, no estoy soñando y me doy cuenta de que mis palabras han debido de extrañarle bastante. Pero ya me he explicado un poco: soy telépata-intuitiva.

Él hizo un gesto de impaciencia.

—De acuerdo, de acuerdo... Usted es telépata e intuitiva, es decir, supo que yo iba a Los Ángeles y también leyó en mi mente que me llamaba Peter Holder. ¿No es eso?

—Así fue, en efecto.

—También se dio cuenta —siguió diciendo él, con un tono sarcástico — de que yo era un buen muchacho de carácter inofensivo, y de que podía dormirse tranquilamente a mi lado.

Lucy lanzó una carcajada.

Luego dijo, con simpatía:

—¡Es usted formidable, Holder! Así fue, amigo mío. Nada más bajar por la escalera del hotel, vi su aureola azul.

—¿Mi... qué?

—Su aureola. Los hombres como usted la poseen todos. Es una especie de halo que rodea el cuerpo...

—¿Y... el mío es azul?

—Sí, como corresponde a un hombre que es un caballero.

Ahora fue Peter quien lanzó una carcajada.

Dijo, divertido:

—¡Esto sí que es estupendo! ¡Lástima no ser escritor, en vez de ingeniero!

—Me estoy dando cuente de que no me cree, señor Holder...

—¿Y cómo quiere que la crea? Me ha contado usted, en un par de minutos, más cosas raras que todas las que he escuchado en mi vida. ¡Aureola azul!... Cuando cuente eso a mis amigos, van a mondarse de risa.

Ella estaba seria.

—¿A qué amigos, Holder?

—¡A los míos!

—Pero si usted no tiene amigos, querido... Fuera del viejo, no habla con nadie, ni sale nunca a ningún sitio, no se divierte. ¡Bastante tiene con el

«cromo-tántalo» ese!

Holder se sintió inquieto.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Por su culpa. Deseo que me crea, y, como no lo he logrado por los medios comunes, he tenido que leer nuevamente en su cerebro. ¿Está convencido ahora, de mis palabras?

Peter tuvo que asentir, vencido más que convencido.

Murmuró:

—Sí, lo estoy.

Y después de una pausa propuso:

—Hábleme un poco de ese accidente, ¿quiere, señorita Greene?

—Llámeme Lucy.

—Bien, Lucy.

—O. K., Peter... Tendremos un accidente, a las dos menos diez. No será gran cosa, ya se lo he dicho. Por fortuna, yo estoy a su lado.

—Ya comprendo. Usted es una especie de hada buena.

Ella sonrió.

—Puede llamarlo como quiera.

—¿Y cómo será ese accidente, si es que puede precisar más?

—Chocaremos con un coche. El golpe, normalmente, podría habernos matado, pero usted se dará cuenta a tiempo y no tendremos más que un roce lateral, sin graves consecuencias.

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios de él.

—No sabe usted, señorita Greene, es decir, Lucy, cuánto siento contrarrestar sus esfuerzos telepáticos e intuitivos. Porque, lo que es hoy, no vamos a tener accidente alguno.

—¿Cómo lo evitará?

—Pues, sencillamente, no moviéndome de aquí hasta pasadas las dos y diez.

Ella negó con la cabeza.

—Sería igual, Peter; es decir, sería peor. Porque el coche, a la hora precisa, chocaría con el nuestro, y como usted no podría dar el golpe de volante que va a quitarle gravedad a la cosa, los efectos serían mortales... para ambos.

—¿No irá usted a hacerme creer que ese accidente es inevitable?

—Lo es.

—¿Es que no se da cuenta de lo absurdo de su pretensión de adivinadora? Puedo abandonar el coche y atravesar el desierto a pie, tranquilamente. ¿Qué ocurriría entonces?

—No lo sé, pero el accidente se produciría, quizá de otra forma.

—¿Quiere usted decir que estoy irremisiblemente condenado a muerte?

Ella le miró fijamente, en silencio.

Después confesó:

—Eso es, Peter.

Holder se estremeció.

—Pero ya le he dicho que mi presencia le salvará, y no quiero que vea el menor asomo de presunción en mis palabras. Siga usted su camino, amigo mío, y confíese en mí.

—No antes de saber quién es usted... de verdad.

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—¡Pero si ya se lo he dicho! Soy una artista circense y, si quiere usted, un poco rara. Ya sé que todo esto es bastante difícil para usted, pero le aseguro que, desde que le encontré en Las Vegas, supe qué era usted y que su papel iba a ser muy importante.

Peter se asombró:

—¿Mi papel?

Lucy asintió:

—Sí, el que el destino le tiene reservado.

Holder no pudo evitar una sonrisa. Y alargando la mano derecha hacia la muchacha, con la palma hacia arriba, dijo:

—Está bien, Lucy... ¿Quiere decirme si voy a casarme pronto y cuántos hijos tendré?

Ella se puso seria.

—No lo tome a broma, Peter. Yo no soy una gitana ni me dedico a adivinar el porvenir. Si la... casualidad o lo que sea me puso en su camino, he de decirle que estoy contenta de evitarle peligros.

Él la miró con fijeza.

—¿Quiere decir que habrá más?

—Espero que no; al menos por el momento... No podría asegurárselo.

Peter se descorazonó.

—¡Vaya porvenir que me pinta usted!

Los ojos de ella brillaron extrañamente.

Dijo, con vehemencia:

—¡Magnífico, amigo mío! Un porvenir lleno de posibilidades grandiosas. No olvide que su aureola es de las más espesas que he visto jamás.

Exclamó:

—¡Y dale con mi aureola! Está visto que es usted mucho más tozuda que yo.

Desvió la mirada.

—Puede ser... —rió ella.

Encogiéndose de hombros y pensando que lo mejor era llegar cuanto antes a Los Ángeles y dejar allí a la muchacha, lo más cerca de un manicomio cualquiera, para que no se cansase mucho buscándolo, Holder puso el coche en marcha, sin más palabras, y apretó el acelerador a fondo.

Ella no volvió a despegar los labios durante un buen trecho.

Sus ojos estaban fijos en el reloj de a bordo y parecía fascinada por el avance de las agujas. Y cuando éstas señalaron aproximadamente las dos menos cuarto, advirtió:

—Reduzca la velocidad del coche a sesenta millas, Peter.

—¿Por qué?

—No sea criatura y hágame caso.

Holder obedeció de mala gana y ella sonrió, poniéndole una mano sobre el brazo.

—Ya sé que no tengo que decirle nada, amigo mío. Moverá el volante en el momento preciso...

Peter se mordió los labios; luego dijo:

—Una cosa, Lucy.

—¿Qué?

—¿Hubiese ocurrido también este accidente de venir solo?

—Sí.

—¡Pues, francamente, preferirla haber venido solo! Tengo los nervios a flor de piel... ¿No se da cuenta de que, si todo esto es verdad y no estoy

soñando, es horrible para un conductor saber que va a tener un accidente?

Ella sonrió con benevolencia.

—No sea niño, Peter. No me ha ofendido al decirme que hubiese preferido venir solo. Tampoco quiero decirle lo que hubiese sucedido si tal cosa hubiera, ocurrido...

—¿Qué quiere usted decir?

—Pronto lo sabrá. No hable ahora, por favor... El momento se acerca.

—¡Pero si no hemos cruzado un solo coche en toda la noche!

—¡Cállese y atienda a la dirección!

Holder se encogió de hombros, mirando a la doble pincelada blanca de la luz de sus potentes faros sobre la carretera.

Apenas se dio cuenta.

El otro coche avanzaba velozmente, con las luces apagadas, y Peter vio que aparecía ante el suyo como un monstruo negro, lanzándose rápidamente hacia su «Cadillac».

Sólo tuvo el tiempo justo para desviarse; pero, aun así, el otro le arrancó un guardabarros, en medio de un estrépito espantoso. Luego, acelerando, desapareció en medio de la noche y envuelto en la misma densa oscuridad que le rodeaba cuando llegó.

Holder había frenado y su corazón latía descompasadamente.

—Tenía usted razón —dijo, sin atreverse a mirarla a la cara.

—Ya pasó todo —repuso ella—. Podemos continuar tranquilamente el camino.

Lucy se apeó a la entrada de la ciudad, en un hotel moderno, negándose rotundamente a admitir la invitación de Peter para comer juntos.

—No puedo, amigo mío... Le agradezco su invitación. Ya nos veremos pronto.

Después de despedirse de la muchacha, Peter puso el vehículo en marcha, pasándose la mano por la frente, como si tuviese fiebre.

De no ser por el guardabarros izquierdo, que era una prueba demasiado evidente, hubiera jurado que acababa de despertar de una horrenda pesadilla.



CAPÍTULO PRIMERO



N el curso de aquellos tres meses hizo todo lo posible por olvidar y se dedicó con verdadero ahínco a lograr lo que se proponía.

Pero no tuvo suerte.

El «cromo-tántalo» se le resistía arduamente y no logró, por mucho que lo intentó, producirlo en serie, como lo había hecho con la muestra que le puso sobre la pista de aquella fantástica aleación.

Fraser le animaba, haciendo lo posible porque la desesperación no se apoderase del joven ingeniero.

—No tienes que tomarlo así, Peter. Estas cosas, no hace falta que te lo diga, son largas y requieren paciencia.

—No, señor Fraser. Deberíamos haber logrado ya la aleación.

—¿Has revisado los cálculos?

—¡Un millón de veces!

—¿Y qué?

—Que no encuentro el fallo por parte alguna... ¡Y debe de haberlo!

Edward Fraser encendió su habitual habano de las mañanas y, señalando un sillón al joven, rogó:

—Siéntate, Peter.

Holder obedeció.

Hubo un silencio, mientras el director se recreaba saboreando el aroma del cigarro; después empezó:

—Voy a decirte algo, amigo mío; algo que no he querido decirte hasta ahora.

—¿De qué se trata?

Los ojos azules de Fraser se clavaron en los del ingeniero.

—¿Estás enamorado, Peter?

Holder sintió como un golpe en el pecho, pero, casi en seguida, reaccionando normalmente, contestó:

—¿Está usted de broma, señor?

—No.

Y como Peter no dijese nada, insistió:

—Todavía no has contestado a mi pregunta, hijo mío.

Peter encendió un cigarrillo, sin atreverse a mirar a su superior.

—No estoy enamorado —dijo al cabo de un par de minutos.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Es difícil creerte, Peter, aunque estoy seguro de que me estás diciendo la verdad. Quizá si planteamos o abordamos el asunto por otra parte... ¿Conociste alguna chica en Las Vegas?

—Muchas.

—Ya sabes que me refiero a algo especial, distinto...

—Sí y no.

—¿A qué viene esa ambigüedad?

—Porque es la única manera de decir la verdad, señor. Conocí, en efecto, muchas muchachas durante mi estancia en Las Vegas. Bailé con ellas, me divertí cuanto pude, pero no hubo nada, nada en absoluto, que encaje en lo que usted puede considerar como un síntoma de enamoramiento.

—Esa es la parte «no» de tu respuesta de antes. ¿Y la «sí»?

Holder dudó unos instantes.

—La conocí cuando venía hacia aquí. La traje a Los Ángeles.

—¿Bonita?

—Mucho.

Edward esbozó una sonrisa.

—¿La ves con frecuencia?

—No la he vuelto a ver.

El otro enarcó las cejas.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Entonces, obligado y decidido, Peter contó todo lo que había ocurrido en compañía de la muchacha, desde el primer momento hasta que la dejó ante el hotel.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Lucy Greene.

Hubo una pausa.

—Ya comprenderás que lo que acabas de contarme es bastante extraordinario.

—Por eso no me atreví a decirle nada antes, señor Fraser. ¡Imagínese lo que debió parecerme a mí!

—¿Y dices que no la has vuelto a ver?

—No.

—¿No lo has intentado?

—Sí. Dos días después de mi llegada fui al hotel y pregunté por ella. Me dijeron que no había habido nunca una Lucy Greene allí, y que el día que yo afirmaba llegó no había habido más que una entrada: la de un anciano inglés procedente de las Indias.

Fraser meditaba profundamente.

—Escucha, Peter. Todo esto, aunque parece una fantasía, tiene, creo, una razón de ser.

—¿Cuál?

—La competencia.

Holder abrió la boca, estupefacto.

—¿Cree usted que...?

—Sí. No seamos niños. Recordarás que diste una conferencia, poco antes de salir para Las Vegas, sobre el «cromo-tántalo». Actualmente, once compañías, sin contar la nuestra, trabajan para la aviación de Estados Unidos y un poco para las demás. ¿Te imaginas la gracia que les haría el que lograses esa aleación y fuésemos los únicos en producirla?

—Entonces...

—Lo ocurrido está claro como el agua, Peter. Quisieron matarte.

—Pero... ¿y la chica?

—La chica, muy lista, excesivamente lista por lo que me has contado, estaba en relación con ellos, y por eso «intuía» lo del accidente.

—¡Pero si fue ella la que me avisó!

—¡Claro!

—No lo comprendo.

—Lo que ocurrió, hijo mío, fue que esa chica se enamoró de ti o le dio mucha lástima que te matasen.

—¿Olvida que venía conmigo?

—Sí; pero, de obedecer las órdenes que recibió, te hubiese abandonado antes del «accidente». ¿No comprendes que un coche sin luces no puede llevar nunca buenas intenciones?

—¡Me da vueltas la cabeza!

—Pues no puede haber una explicación más diáfana. La competencia intentó eliminarte, y gracias a esa muchacha te salvaste.

—¿Y ella?

—No lo habrá pasado muy bien, de seguro.

Un silencio corto se estableció entre ellos.

—El que esa chica conociese tu nombre y hasta el de la aleación que descubriste, te demuestra perfectamente que ellos se lo habían dicho todo. Tu conferencia fue un grave error, Peter. Un error que ha estado a punto de costarte la vida.

—¡Ahora comprendo todas sus palabras! Me dijo que mi porvenir era muy interesante y que habría nuevos peligros.

—¡Naturalmente! Ella estaba segura de que, al fallar la primera intentona, se repetiría un nuevo ensayo. Por fortuna, Peter, no has salido de tu laboratorio más que un par de veces.

—¡Me he librado de buena!... —Y después de una pausa exclamó—: ¡Y pensar que llegué a creer en lo de su telepatía!

Fraser sonrió.

—Estabas admirándola demasiado, lo que demuestra que era muy bonita...

—¡Preciosa!

—Por eso creíste lo que te dijo, como si te hubiera contado que era la reina de Saba en persona.

Rieron.

—Ahora me encuentro más tranquilo, señor.

—Es natural. Y yo comprendo que no hayas podido hacer nada de provecho en estos meses... ¡Debías pasarte el día pensando en la telepatía!

Peter sonrió.

—Es verdad que pensaba en ella. Ahora que las cosas tienen una explicación normal, me encuentro más descansado, como si acabase de quitarme un peso de encima.

—¡Así me gusta! Pero hiciste mal en no contármelo antes.

—No podía, señor. Lo encontraba todo tan ridículo, tan fantástico, que temía que me tomase usted por loco.

—Bueno. Lo importante es haber descubierto la verdad. Ahora no nos queda más que cuidarte, evitando que te asomes al exterior... Vivirás aquí, contrataré algunos vigilantes para que no te pierdan de vista, y, cuando la aleación esté en nuestras manos, ya no tendrás que temer nada.

—Gracias, señor.

Fraser se levantó, poniendo su ensortijada mano sobre el hombro del ingeniero.

—¡A trabajar, Peter! Ya sabes que estamos muy cerca de encontrar algo que, además de hacernos famosos, va a enriquecernos de veras.

Pero Holder no le escuchaba más que a medias.

Pensaba en ella...

Y al imaginar lo que unos individuos sin escrúpulos podían haberle hecho, cerró los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

* * *

Jack se sentó en el borde de la carretera, encendiendo una colilla de habano que había reservado para aquel momento.

«Al menos —pensó —me apagará un poco el hambre.»

Porque aquélla era la indecible tortura que Jack Apple venía sufriendo desde hacía casi cinco días: el hambre. Desde luego, hubiese podido solucionar la cuestión parcialmente, si se hubiera quedado en el Refugio para Vagabundos de la última ciudad visitada.

Pero Jack no quiso permanecer allí un instante más, ya que deseaba llegar a Los Ángeles, ciudad que no conocía y donde esperaba encontrar alguna manera de organizar su vida:

Organizaría, sí, pero sin trabajar.

Para Jack Apple, con sus cincuenta y tres años de edad y su pequeño y menudo cuerpo, no podía existir ya posibilidad alguna de trabajo. Además, desde hacía cerca de cuarenta años, nuestro hombre había roto definitivamente con todos los sindicatos, erigiéndose, como él decía, en el director-presidente-tesorero de su propia organización: «Apple S. C.», que, en contra de lo que pueda pensarse, no significaba «Sociedad en Comandita» o algo semejante, sino, sencillamente, «Apple Sin Compañía».

Ésa era otra de las cosas que Jack había aprendido en su larga vida de trashumante: que la soledad era, generalmente, la mejor manera de evitar que alguien que por la noche te ha llamado cariñosamente «su amigo», desaparezca por la mañana con lo poco que tienes, sin despedirse siquiera.

Después de encender el habano Jack se puso a pensar, sin poder evitarlo, en lo que se haría servir en aquel momento si hubiese podido encontrar una de esas botellas orientales que aparecían en los cuentos que él leyó cuando pequeño.

¡Cuántas veces, en idénticas circunstancias que ahora, se había complacido en pensar lo que haría si poseyese una de aquellas botellas mágicas!

Le parecía ver la humareda que el genio de la botella hacia al salir y el ruido que producía. Luego, enorme, gigantesco, se inclinaba ante él y decía:

—¡Eres mi amo y señor! ¿Qué deseas?

Jack se pasó la lengua por los resecos labios.

—¿Qué deseas? —repitió el genio.

Fue entonces cuando, cruzando el cielo, una luz anaranjada recordó a Apple que podía hacer un voto, cerrando rápidamente los ojos.

—Deseo un pollo asado con patatas —dijo en voz baja.

Y volvió a abrir los ojos.

No comprendía que todas aquellas maravillas de los cuentos no fuesen

verdad. Para un hombre como él el mundo debía ser así.

—¿Cómo? ¿Otra vez?

Una nueva estrella fugaz, del mismo hermoso color anaranjado, cruzó nuevamente el cielo, mucho más baja que antes.

Jack cerró los ojos, musitando:

—Ahora quiero un pastel de manzana muy grande...

Abrió los ojos nuevamente.

Con el pollo y el pastel de manzana su estómago se sentiría satisfecho; pero indudablemente había olvidado la cerveza: media docena de botellas le hubiesen ayudado a hacer aquella hipotética digestión.

Y fue entonces cuando volvió a ver la estrella.

La luz anaranjada, que venía de lo hondo del desierto, poseía ahora una intensidad luminosa formidable. Al reflejo de su luz, las plantas del desierto eran visibles, así como un trozo de carretera.

Apple se quedó mirando aquella luz, percatándose de que su velocidad disminuía por momentos, así como su altura.

Ya no le quedaba la menor duda de que «aquello» no era una estrella. Y como Jack Apple, a pesar de no saber leer, había oído hablar muchísimo de aquellas cosas, dedujo vertiginosamente que no podía tratarse más que de un platillo volante.

Verdad fue que durante algunos minutos Jack sintió miedo: un miedo natural a lo desconocido, puesto que, al ir y venir por esos mundos de Dios, el vagabundo había visto, en las revistas infantiles que los niños tiraban, imágenes horrorosas de los que podían ser los tripulantes de un platillo volante.

Con los ojos fijos en la «cosa», vio que el platillo se posaba blandamente en el suelo, a medio centenar de metros de donde él se hallaba, y que la luz anaranjada iba apagándose, al tiempo que una claridad verdosa envolvía el aparato.

Ahora sí que el platillo era visible y Jack Apple se dio cuenta de que sus dimensiones eran muy grandes, calculando que debía tener casi treinta metros de diámetro.

Pasados loe primeros instantes sin que nada raro ocurriese, Jack empezó a tranquilizarse, dejando que su espíritu práctico se impusiese sobre el temor que había tenido al principio.

Su espíritu calculador le hizo ver en seguida que aquel descubrimiento que acababa de hacer iba a servirle para que sus deseos se convirtiesen en

realidad.

Por eso, sin dudarlo, empezó a andar por la carretera a paso rápido, deseoso de llegar cuanto antes al primer puesto de policía.

CAPÍTULO II



L sargento Knott miró al hombre, evitando por milagro una sonrisa.

—Oye: ¿cuántas botellas de «whisky» te has bebido?

—¡Ninguna, sargento!... Todo lo que acabo de contarlo es verdad.

Harry Knott se mordió los labios.

—¿Sabes lo que puede ocurrirte si intentas engañarnos?

—Sí. Pero también sé lo que me pasará si he dicho la verdad.

—¿Qué quieres decir?

Apple sonrió.

—Que no diré dónde he visto aterrizar el platillo a no ser que me den un pollo, una tarta de manzana y media docena de botellas de cerveza.

—¿Para seguir viendo visiones?

—No son visiones, sargento.

—Eso es lo que vamos a comprobar ahora mismo.

—No si antes no me da lo que he pedido.

Harry cerró los puños.

—¡Escucha, Apple! Yo no suelo prometer nada sin cumplirlo. Pero no vayas a creer que voy a esperar a que te comas todo eso para que después te rías de mí..., aunque tu digestión no sería nada agradable, te lo aseguro.

—Repito que le he dicho la verdad.

—Y empiezo a creerte, aunque es posible que cometa un error al hacerlo; pero, de todos modos, vamos a ir allá, y yo te prometo traerte inmediatamente y hacer que te sirvan un verdadero banquete en el «tore» de Joe.

Jack se dio cuenta de que era imposible modificar aquellas condiciones y asintió.

—Está bien. Vamos.

Momentos después, el coche del sargento, precedido por un motorista,

corría hacia la carretera que se internaba en el desierto de Mojave. No hizo falta que el vagabundo señalase el sitio, ya que la luminosidad verde era visible desde lejos.

—¡Diablos! —exclamó el sargento.

—Ahí lo tiene. Creo que ahora no dudará de mí.

Sin decir nada, profundamente preocupado, Knott descendió del coche, seguido por Jack y el motorista, y se acercaron hasta unos veinte metros del platillo.

—¡Es enorme! —dijo el motorista.

—¿Cree usted que estará lleno de... marcianos? —inquirió Jack, dirigiéndose al sargento.

—No lo sé —repuso éste—. Pero lo que hay que hacer es llamar inmediatamente a Los Ángeles comunicando esto... ¡Perry!

El motorista se acercó.

—¡Diga, señor!

—Vas a quedarte aquí, aunque no hace falta que estés tan cerca. Volveré en seguida.

Jack tenía ganas de alejarse de allí y no pensó mucho en la comida que le habían prometido hasta llegar a la villa.

—Voy a llamar a Los Ángeles —dijo el sargento cuando llegaron—. En seguida me ocupo de ti.

En efecto, poco después el sargento llevaba a Apple a un restaurante, ordenando al dueño que le preparase una buena comida, a cargo de la Policía, en la que no debía faltar el pollo, la tarta de manzana y la cerveza.

—Te lo has ganado, amigo.

—Gracias, sargento.

* * *

La caravana de coches salió de Los Ángeles muy de mañana. Además del Comisario general de Policía, miembros del Ejército y la Marina iban en sus respectivos vehículos, con los rostros sombríos, intentando explicarse la naturaleza del platillo que la Policía de San Bernardino había descubierto.

El sargento Knott les esperaba en la entrada de su villa y se colocó a la cabeza de la hilera de coches, guiándolos hacia el lugar donde, además del motorista, había ya dos coches policiales que él mismo había enviado.

Descendieron los hombres de los vehículos y contemplaron, en silencio, la masa plateada del platillo, cuyas descomunales dimensiones llamaron en seguida su atención.

Sin embargo no se acercaron mucho, y Fallas, el comisario de Los Ángeles, propuso formar un cordón de seguridad hasta que el Ejército tomase las naturales medidas de precaución.

—¿No le parece, mi general? —inquirió.

Robert House, general del Ejército, asintió con la cabeza.

—Creo que es lo más razonable, amigo mío. Yo voy a enviar a uno de mis ayudantes para que se forme un cordón de seguridad alrededor de esa... máquina. No conocemos aún las intenciones de sus ocupantes, por lo que tenemos que tomar nuestras precauciones.

—Habrá que comunicarlo a Washington, ¿verdad, general?

—Evidentemente.

Y, después de una pausa, el militar comentó:

—Lo curioso es que no hay muestras de que este aparato haya aterrizado con el ímpetu que podía pensarse, después de un viaje espacial. Se ha debido de posar con la suavidad de un helicóptero. ¿No ve usted, comisario, que no hay huellas de terreno removido o aplastado?

—Sí, es verdad.

—Ha debido de posarse lentamente, lo que puede indicarnos que sus misteriosos ocupantes conocían la gravedad de la Tierra y no han cometido error alguno al llegar a ella.

—¿De dónde cree usted que vienen, general?

Robert House se encogió de hombros.

—¡Cualquiera sabe!

—¿Nos estarán viendo? —intervino entonces el sargento, que se había limitado a escuchar lo que sus superiores decían.

—¿Viéndonos? —se alarmó el comisario.

—No se ve ninguna abertura que señale la existencia de ventanas u ojos de buey. La superficie del platillo es completamente lisa.

Y, volviéndose a su ayudante, dijo:

—Escuche, Boume. Vaya usted al coche-radio y comunique al Tercer Batallón de Tanques que se ponga en marcha inmediatamente, con todo el material de operaciones, hacia este punto.

—¡A la orden, señor!

Como medida de seguridad, los curiosos retrocedieron hasta el borde de la carretera, permaneciendo al lado de los coches.

El platillo estaba completamente inmóvil.

La luz verdosa, no muy fuerte frente al día, seguía emanando misteriosamente de la pulida superficie de la astronave, sin que nadie pudiese descubrir cómo se producía aquel fenómeno.

Durante las cuatro horas que tardaron los tanques en llegar—y lo hicieron a toda velocidad—el general y los acompañantes se limitaron a tomar notas y charlar de todo aquello, enviando un primer informe al Pentágono, que prometió enviar un grupo de especialistas para que examinasen, con más conocimiento de causa, el platillo.

El batallón se desplegó alrededor de la nave del espacio, tomando posiciones excelentes y cubriendo con el fuego de sus cañones toda la superficie del platillo. Los coches oficiales retrocedieron, poniéndose fuera de la zona que había sido confiada a los blindados.

Fue entonces, cerca del mediodía, cuando con un sonido mate, pero suave, se abrió una especie de puerta corrediza en el platillo, por el lado que daba a la carretera.

Los tanquistas se prepararon para actuar y sus cañones apuntaron hacia la abertura que seguía abriéndose; pero no tuvieron que hacer fuego, ya que nadie apareció, dejando sólo al descubierto una especie de amplia sala, en cuyo fondo había una estrecha puerta cerrada.

Sintiendo que sus corazones latían apresuradamente, los hombres esperaron inútilmente la aparición de alguno de los tripulantes de la nave. Pero nadie apareció y las horas pasaron sin que nada especial aconteciese.

A la llegada de los técnicos de Washington hubo nuevamente discusiones interminables y las cámaras de cine empezaron, junto a las máquinas fotográficas, a tomar vistas del platillo desde todos los ángulos posibles, sin que ninguno de los que las manejaban se atreviese a acercarse más allá de la línea que marcaban los tanques.

—¡No sale nadie! —protestó el general.

—Puede ser que crean que les queremos mal.

—¿Por qué?

—Por la presencia de los tanques.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? ¿Conocemos acaso sus intenciones?

El ayudante del general se acercó a él.

—Señor...

—¿Qué quiere, Boume?

William Boume era un muchacho alto, pelirrojo, con el rostro lleno de una expresión voluntariosa.

—Quisiera ir allí, señor.

—¿Al platillo?

—Sí.

House le miró con asombro.

—¿Se ha vuelto usted loco?

—Yo creo —dijo el oficial, como si no hubiese oído las anteriores palabras de su superior —que ellos, sean quienes quieran, nos han hecho una invitación, al abrir su aparato para que vayamos a visitarlos.

—¿Y por qué no asoman las narices? Hasta ahora no hemos visto a nadie.

—Quizá teman que su aspecto no nos sea agradable.

—Igual puede pasarles a ellos.

Y después de una pausa, mirando fijamente al oficial, preguntó:

—¿Qué haría usted, una vez en el interior, William?

—Penetrar por aquella puerta y dar la cara, señor.

—¿Y si sus intenciones no fuesen las que pensamos?

—No lo creo, mi general. Si hubieran querido atacarnos, después del despliegue de fuerzas que hemos hecho ante ellos, no habrían esperado tanto.

House se pasó la mano por la barbilla; después, sonriendo, concedió:

—Es usted un muchacho decidido, Boume.

William Boume no dijo nada, pero la ansiedad se pintó en su rostro, esperando la autorización de su superior.

—Está bien —dijo éste—. Puede ir.

—¡Gracias, mi general!

Y avanzó, pasando la línea de los tanques.

Falls, el comisario general, se acercó al general.

—¡Cómo! ¿Va a entrar en el platillo?

—Sí.

—¡Qué barbaridad! ¡Ese joven ha perdido el juicio!

—No lo crea. William se ha dado cuenta de que estamos perdiendo el

tiempo de una manera miserable y va a intentar romper el hielo que hay entre los tripulantes de esa nave y nosotros. ¡Ahora saldremos de dudas!

—¿Y si le ocurre algo?

—Espero que no; porque, si le hiciesen daño, ordenaría abrir fuego a los tanques y así saldríamos también de dudas.

Todas las miradas estaban concentradas en la alta silueta de Boume, que seguía avanzando, sin vacilar, hacia la rampa que comunicaba con el interior del platillo.

Cuando llegó a ella se volvió, haciendo un gesto amistoso con la mano; luego, sin ninguna vacilación, penetró en el interior de la estancia, visible desde fuera, dirigiéndose hacia la pequeña puerta que también se veía desde el exterior.

¡Y penetró por ella, desapareciendo a la vista de todos!

—¿Qué irá a ocurrir ahora? —inquirió el comisario general, sin poder evitar un cierto temblor en la voz.

—Ya veremos —repuso el general—. William ha interpretado perfectamente los deseos de todos.

—¿Usted cree?

—Claro. Permaneciendo aquí, me parece que no llegaríamos nunca a nada positivo, ya que los ocupantes parecen no querer asomar las narices fuera del aparato.

—¿A qué cree usted que será debido eso?

—No lo sé. Es probable que haya alguna causa que les impida salir al exterior: la atmósfera de la Tierra, por ejemplo.

—¿Quiere usted decir que seres tan avanzados no han podido inventar alguna especie de máscara para poder respirar en nuestra atmósfera? ¡Me parece increíble!

—Ya le he dicho antes, mi querido amigo, que no sabemos absolutamente nada de los seres que pueden pilotar ese aparato. Pronto, cuando Boume salga...

—Si sale...

House miró a su interlocutor frunciendo el entrecejo.

—¿Intenta usted decir que le va a ocurrir algo desagradable a mi ayudante?

—Yo no sé si...

—Sería peor para ellos —dijo el general, con el rostro ensombrecido—.

Porque si William no sale dentro de veinte minutos, ordenaré a los carros que abran fuego. Por lo menos sabremos a qué atenernos.

Hubo un silencio; después, el comisario repuso:

—¿Y si se tratase de un aparato procedente de la Tierra, general?

—¿Un invento ruso..., por ejemplo?

—Sí.

Robert sonrió.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque sería una verdadera estupidez haber aterrizado en Estados Unidos. Si así fuera, pronto nuestros técnicos conocerían hasta el último detalle de la composición del aparato que tenemos delante.

—Tiene usted razón.

—Ya sé que también la tiene usted, señor Falls. Todas las naciones avanzadas han hecho algo semejante a los platillos volantes; pero —y señaló el aparato que tenía ante ellos —nadie ha logrado algo tan gigantesco como eso... ni tan perfecto.

—Es verdad.

—¡Fíjese en la perfección de esas líneas! No se ve por parte alguna nada que nos indique la manera con que se mueve. No hay toberas ni nada que nos recuerde las formas de impulsión que nosotros conocemos.

—¿No se moverá con energía atómica?

—Es posible.

Walter Falls encendió, en aquel momento, un cigarrillo. Y al levantar la mirada hacia el platillo, exclamó:

—¡Mire, general, ya sale!

En efecto.

William Boume, con una sonrisa de triunfo en los labios, descendió por la rampa, avanzando hacia el grupo de hombres que rodeaban al general.

La expectación era formidable, tan grande que House pensó que lo mejor era llevarse a William al interior del coche, de forma a evitar que hablase en presencia de todo el mundo, especialmente ante los chicos de la prensa, que ya acudían como moscas hacia el lugar del acontecimiento.

—Un momento, señores —suplicó; luego—: Venga por aquí, William...

El oficial obedeció, sin dejar de sonreír. Una vez en el interior del coche,

que rodearon hombres armados del Batallón de Tanques, el joven encendió, antes de hablar, un cigarrillo; luego comentó:

—¡Ha sido estupendo, mi general!

El comisario, que gracias a su importante cargo y a su amistad personal con Robert había conseguido entrar en el coche, no pudo contener ni su impaciencia ni su curiosidad.

—¿Cómo son, amigo mío?

—Muy parecidos a nosotros.

Walter pareció defraudado.

—¡Cómo! ¿No tienen más piernas o brazos o dos cabezas?

—No. Ya he dicho que son como nosotros.

—¿Por qué no salen, entonces?

—Por la atmósfera y la radiactividad que hay en la Tierra; es superior a la que pueden soportar.

—¡Es curioso!

Y el general, que no había aún preguntado nada, inquirió:

—¿Qué ha pasado, exactamente?

—Entré por una especie de pasillo estrecho, con una serie de puertas que se iban cerrando automática y silenciosamente a mi espalda. —Volvió a sonreír—. Pasé un poco de miedo. Luego, al final de aquel pasillo, que parecía describir un helicoide, me encontré ante una pantalla, no muy clara, quizá porque estaba hecha de una sustancia especial, tras la que vi una silueta perfectamente humana.

—¿Le hablaron?

—Sí.

—¿Inglés?

—Sí.

—¡Qué tíos más estupendos! —exclamó el comisario.

—Deje a William, por favor, Walter.

El oficial prosiguió:

—Me han dicho que sus intenciones no pueden ser más pacíficas y que hubiesen deseado poder mostrarse, pero que, como dije antes, la radiactividad de nuestra atmósfera es letal para ellos. De todos modos, desean entrevistarse con mucha gente, principalmente con nuestros mejores hombres de ciencia. Me han asegurado que iban a proporcionarnos medios para dominar todas las

fuerzas naturales y realizar hacia el futuro un salto de más de mil años.

—¡Es fantástico!

—Dicen también poseer armas capaces de destruir al más poderoso enemigo, pero no parecen belicosos y se interesan más por nuestro bienestar.

—¿Dijeron si iban a venir más?

—No. No les pregunté nada. Pero me parece que se trata de una misión científica, especialmente enviada para ayudarnos.

—¿De dónde vienen?

—No me lo han dicho..., pero es evidente que se han dado cuenta de que yo no era más que un simple oficial de Estado Mayor. Ellos esperan entrevistarse con hombres de ciencia, con sabios, a los que comunicarán sus formidables secretos.

—Comprendo —dijo. Y después de una pausa continuó—: Voy a comunicar todo esto a los enviados de Washington y que ellos obren en consecuencia.

—¿No dijeron nada de los tanques? —inquirió el comisario.

—Sí —repuso William—. Dijeron que comprendían nuestros temores, pero agregaron que con una sola de las armas que poseen podían haber destruido la Tierra entera.

El general palideció.

—Voy a ordenar a los muchachos que se retiren. No quiero ofenderlos.

—Es lo mejor, señor.

Minutos más tarde, al mismo tiempo que los tanques se agrupaban en la carretera para regresar a Los Ángeles, House hablaba con los enviados del Pentágono, y poco después volaban cientos de mensajes hacia la capital federal, comunicando la noticia.

Entretanto, Jack Apple, después de darse un formidable banquete, reposaba, en una cama del hotel, como hacía muchísimo tiempo que no lo había hecho.

CAPÍTULO III



BANDONANDO el laboratorio, Holder tomó el ascensor, que le condujo, unos segundos más tarde, a la planta donde estaba situado el despacho de su jefe.

Entró sin llamar.

Edward Fraser estaba sentado ante su mesa, repasando unas fichas de producción. Levantó la cabeza cuando Peter entró en la estancia.

—¿Qué hay? —inquirió.

—Creo que voy a lograrlo, jefe.

La mirada del otro brilló intensamente.

—¿Estás seguro?

—Sí. Había cometido un error en el cálculo de la temperatura, y ésa era la causa de que no se produjese la aleación. Mañana mismo empezaré a producirla.

—Bien. Pero siéntate... ¿Sabes que salgo esta tarde?

—¿Sí?

—Quiero ir a ver el platillo volante.

Peter sonrió.

—¿Quiere saber qué efecto me hace eso?

—¿Cuál?

—Un asunto montado por algún granuja que quiere enriquecerse. Hasta ahora, por lo que he leído en la prensa y visto en la televisión, no se trata más que de un aparato del que nadie ha salido y que puede haber sido hecho por un hombre que desee llenarse la bolsa.

Fraser torció el gesto.

—¿Cómo puedes ser tan incrédulo, muchacho? Cerca de cien hombres de ciencia han estado en el interior, además de altas personalidades políticas, y todos, tanto los unos como los otros, han admitido que se trataba de algo real, cierto y en lo que no cabía la menor duda. ¿Sabes de dónde han llegado?

—No.

—De Sirio.

—¡Caramba!

—La cosa es más importante de lo que te imaginas. El propio Presidente, según anunció la televisión, está preparando un mensaje dirigido a la nación.

—Hace dos días que no tengo tiempo de sentarme ante el televisor.

—Pues yo no me pierdo ni uno solo de los diarios de información. Por eso he conseguido una invitación para visitar el platillo.

—¿Cómo? ¿Lo hacen ahora por invitación?

—Sí. Los «sirianos», llamémosles así, han rogado que sólo sean admitidas personalidades técnicas y políticas de cierto renombre. ¡Imagínate lo que ocurriría si, como al principio, se dejase entrar a todo el mundo!

—Comprendo.

—Por eso se ha hecho una cuidadosa selección de las personas autorizadas a visitar el platillo. Ya sabes que el Ministerio de Agricultura está estudiando las fórmulas que les han proporcionado los sirianos.

—No, no he oído nada.

—Un grupo de técnicos estuvo en el interior del platillo, y los tripulantes, que no hay ya duda alguna son hombres de ciencia, les entregaron unas fórmulas que se están estudiando en los Centros Experimentales del Estado.

—¿Se ha logrado algo?

—Todavía no han comunicado nada. También dijeron a los especialistas del Ejército y de la Armada que podían echar por la borda todos los proyectiles dirigidos y bombas atómicas y de hidrógeno.

—¿Por qué?

—Porque iban a proporcionarles medios de destrucción no conocidos por nadie.

—¡No veo que ésa sea una misión pacífica!

—Lo es. Los sirianos dijeron que lamentaban saber muchísimas cosas tristes de la Tierra, a la que habían encontrado en un estado de civilización bastante salvaje...

—¿No les dieron las gracias por el delicado piropo?

—¡No seas así, muchacho! Lo dijeron de una manera educada, sin pretender herir susceptibilidades de nadie. Hablaron de su deseo de colaborar y manifestaron que iban a demostrar al mundo que no eran necesarias las guerras, ya que, habiendo estudiado el mecanismo de éstas, habían llegado a

la conclusión de que se trataba de fenómenos de una evolución económica...

—¡Son unos tipos excepcionalmente listos!

—¿Por qué lo tomas tan en broma, Holder?

—No crea que lo tomo en broma, señor... Precisamente por lo contrario es por lo que hablo así. ¡Parece mentira que los hombres que dirigen el país se dejen engañar como niños pequeños!

—¡Alto ahí, Peter! ¿Olvidas acaso que profesores de fama mundial han visitado el platillo con una fuerza de juicio mil veces superior a la nuestra? Físicos, químicos, matemáticos y políticos han hecho centenares de preguntas a los sirianos. ¿Los crees tontos o niños?

Holder tuvo que confesar que había exagerado un poquito.

—Pero —agregó—, de todas maneras, no me gusta nada que esa gente venga a decirnos lo que tenemos que hacer. Ya sé que estamos llenos de errores, pero la Tierra es «nuestro» mundo y nadie tiene derecho a inmiscuirse en nuestras cosas.

—Piensas como un hombre de otra época, amigo mío. ¿No te das cuenta de que necesitamos esa maravillosa ayuda que tan inesperadamente recibimos? Ellos tienen una experiencia mucho mayor que la nuestra y nos harán, como han prometido, realizar un salto hacia el futuro de cerca de mil años. ¿Es que no sopesas la importancia de ese prodigioso avance?

—Es difícil saber dónde nos llevará y cuáles serán los verdaderos resultados que obtengamos.

—¿Qué quieres decir?

—Que puede sernos favorable o perjudicial.

—¿Perjudicial?

—Sí. Es como si usted quisiese hacer que un niño de once años se convirtiese, por arte de birlibirloque, en un adulto: no creo que los resultados de la experiencia le gustasen.

—No es lo mismo. Nosotros estamos perfectamente preparados para ese avance, Holder. Es más: lo necesitamos. Solucionar todos los problemas económicos significará para el mundo algo verdaderamente maravilloso.

—Puede que tenga usted razón.

Deseaba terminar aquella conversación, que, sin saber exactamente por qué, le ponía de mal humor. Verdad era que sus argumentos no podían tener el peso de los que esgrimía su interlocutor, pero Holder experimentaba una especie de repugnancia invencible para comprender las cosas como las entendía su superior.

Éste se había puesto en pie, sonriente, visiblemente triunfante.

—Tú mismo te darás cuenta, muchacho, de que hemos recibido una ayuda maravillosa. ¿Sabes que los rusos empiezan a estar muy preocupados?

—¿Los rusos sólo?

—Todos. Hay en Washington más jefes de gobierno que nunca. Naturalmente, la noticia de que los Estados Unidos habían entrado en contacto con los sirianos, una raza superior y dispuesta a colaborar pacíficamente, no ha dejado de sentar como una ducha fría a muchos que esperaban, con una esperanza en cierto modo lógica, una nueva bancarrota de nuestras finanzas... Pero ahora las cosas van a cambiar y seremos nosotros, con la ayuda de nuestros amigos los sirianos, los que daremos al mundo una felicidad que todo hombre ha soñado alguna vez en su vida.

—¡Ojalá sea así!

—Yo voy a San Bernardino y de allí me dirigiré al lugar donde se encuentra el platillo —miró fijamente a su colaborador—. Tú ya me conoces, Peter...

—Sí.

—Y ya sabes que, aunque no soy ningún sabio, poseo, al menos, un espíritu de crítica que no irás a decir que puede venderse o ganarse con falsas promesas.

—Lo sé.

—Por eso, cuando regrese de visitar a los sirianos, podrás darte cuenta, como si hubieses ido tú mismo, de todo lo que yo haya sacado en limpio de la entrevista.

Holder sonrió.

—Estoy convencido, señor, de que usted no se deja ganar por las apariencias y me alegro infinito de que vaya a verles, porque sé que poseeremos entonces una opinión imparcial del asunto.

—Puedes confiar en mí.

—Ya lo sé. Yo, con su permiso, voy a ir a casa. Hace mucho tiempo que no he pasado por mi piso y no creo que haya peligro, ya que el asunto de la competencia no debe tener la misma importancia que antes.

—De todos modos, sé prudente.

—Lo seré.

* * *

Antes de salir de la fábrica, Peter Holder echó una ojeada a sus aparatos en el laboratorio, paró las máquinas, guardó las fórmulas del «cromo-tántalo» en la caja fuerte y cerró también la puerta maciza del laboratorio.

Luego abandonó el edificio.

Tenía muchísimas ganas de tomarse un descanso, de pasear por la ciudad y dejar que las ideas que aquellas semanas no habían abandonado su mente un solo instante, en relación con la aleación, diesen paso a otras, intranscendentes y banales, que hiciesen reposar su fatigado cerebro.

Atravesó el parque, dirigiéndose hacia el lugar donde había aparcado, tiempo antes, el coche.

Fue cuando se dirigía hacia el vehículo cuando el hombre, que estaba sentado en el bordillo de la acera, se levantó, avanzando decididamente hacia él.

Peter le miró con cierta curiosidad, ya que no era muy corriente ver un vagabundo como aquél por la ciudad de Los Ángeles. El hombre, de una cierta edad, iba vestido con prendas del más diverso origen y muy gastadas, pero la expresión de su rostro, de felicidad indescriptible, hacía olvidar lo desastroso de su aspecto.

Peter no era amigo de las limosnas, pero comprendió, sonriendo al mismo tiempo, que aquel hombre estaba haciendo lo posible para conseguir con qué pagarse un buen vaso de «whisky».

Y metió la mano en el bolsillo, dispuesto a complacerle.

Pero el otro no pareció hacer caso alguno de aquel gesto y llevándose la mugrienta mano derecha al borde del no menos sucio flexible preguntó:

—¿Señor Holder?

Peter abrió la boca, tardando unos segundos en poder contestar:

—Sí, yo soy...

Y después, ya dueño de su sangre fría quiso saber:

—¿Cómo sabe mi nombre?

El otro sonrió.

—No tiene importancia. Me lo describieron bastante bien. Iba a entrar para preguntar por usted, pero al verle salir...

—¿Quién le manda?

El hombre no contestó, limitándose a meter la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta del mismo lado, de donde sacó un papel doblado que entregó al

joven.

—Me han dado esto —dijo.

Peter cogió el papel, desdoblándolo al mismo tiempo que intentaba adivinar de qué se trataba. Pero se dijo que al leerlo lo sabría en seguida:

Amigo Peter:

Sólo unas palabras para decirle que no olvido lo que hizo por mí y rogarle, al mismo tiempo, que, pase lo que pase, no vaya a visitar el Platillo de San Bernardino. Le ruego siga mi consejo. Algún día, si puedo, le diré por qué.

Un afectuoso saludo de

Lucy.

Una emoción intensa se apoderó de Holder, que leyó y releyó la carta media docena de veces; luego preguntó:

—¿Quién le entregó esto, buen hombre?

—Una señorita.

—¿Dónde?

—A la salida de la ciudad. Ella iba en un coche y llamó, rogándome que viniese aquí y le entregase esta nota. Yo estaba bastante cansado, sobre todo escapando a los periodistas, pero me pagó bien: me dio veinte dólares...

—No la conocía usted de nada, ¿verdad?

—No.

—¿No le dijo dónde iba?

—No, señor. Se limitó a darme la nota y explicarme un poco el aspecto de usted. Luego me dio el billete, me sonrió y puso el coche en marcha.

Peter sabía que no iba a sacar más de aquel hombre; pero, sin saber porqué, el vagabundo le atraía. Quizá porque era la única persona que conocía, además de él, a Lucy.

—¿Ha comido usted, señor...? —inquirió.

El otro se asustó un poco al oírse llamar «señor», pero la palabra «comer» le llamó muchísimo más la atención.

Verdad es que no había cambiado aún los billetes que la señorita le había dado... y no pensaba cambiarlos mientras pudiese. Hacía mucho, mucho tiempo que no poseía una cantidad tan fabulosa de dinero y le daba lástima

ver cómo se iba...

Por otra parte, encontraba a Holder simpático y estaba casi seguro de que algo «romántico» tenía que haber entre aquel apuesto joven y la deliciosa muchachita que le había parado en plena carretera.

¿Por qué no sacar un poco más de «jugo» al asunto?

Por eso, sonriendo, contestó:

—No, no he comido aún, señor Holder —agregó seguidamente—. Me llamo Jack Apple.

—Perfecto, señor Apple. Suba al coche. Cenaremos en casa.

Jack obedeció, sentándose cuidadosamente junto al joven, que puso en marcha el vehículo. Momentos más tarde estaban en el centro de la ciudad y Holder se dirigió hacia su casa, un precioso hotelito, al otro lado de Los Ángeles.

Metió el coche en el garaje e hizo entrar a su invitado, diciéndole que se sentase en el living y tomase lo que quisiera mientras él telefoneaba al restaurante para que les enviasen la comida.

Preguntó:

—¿Tiene usted algún gusto preferente, amigo Apple?

Jack abrió desmesuradamente los ojos; luego, después de pasarse la lengua por los labios, se decidió a preguntar:

—¿Va usted a ser tan amable de perdonarme la osadía, señor Holder?

Peter rió.

—No se preocupe por nada e imagínese que está ante el «maître» de cualquier restaurante —se inclinó, en cómica reverencia—. ¿Qué desea el señor para comer?

Jack rió también.

—¡Perfecto! ¡Perfecto! —Luego, serio—: Señor Holder, hace años que no he comido huevos con jamón. ¿Le importaría pedirlos?

Peter se extrañó.

—¿Cómo? Esto no es un desayunó, amigo mío, sino una comida.

Jack sonrió:

—Es igual. Llevo soñando con los huevos, y el jamón mucho tiempo. Por eso le dije antes que me perdonase.

—De acuerdo. Voy a telefonear.

Salió y volvió poco después.

—¡Ya está! Pero si no se ha servido nada de beber. ¿Scotch? ¿Coñac?

—Prefiero un poco de coñac, señor.

—De acuerdo.

Cuando el servicio del restaurante vecino terminó de colocar la mesa y los camareros se fueron, Peter gozó, por primera vez en su vida, viendo comer a su nuevo amigo.

Y no era, como esperaba, un devorar con ansia. Jack, demostrando que tenía «raza», comió despacio, pero en una cantidad que dejó perplejo a su compañero de mesa.

A pesar de haber hablado de su deseo del tocino con huevos fritos, no dejó de probar los entremeses, de comer asado, de devorar el pescado, de saborear los postres, los dulces y, finalmente, el aromático café y los licores.

Por último, sonriendo, le alargó la caja de habanos.

Jack cogió uno con elegancia.

—¡Oh, señor Holder! —exclamó, medio echado en el sillón, suspirando con satisfacción—. ¿Estoy soñando? Nunca creí que, fuera de los sueños, existiesen cosas así.

Peter sonrió divertido.

—¿Hace mucho tiempo que no so daba un banquete como este, Apple?

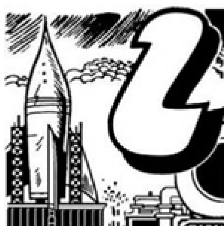
Éste asintió:

—Mucho, señor...

—Llámeme Peter, simplemente. Es usted mucho mayor que yo.

—Bien, gracias, señor..., quiero decir Peter. Hace mucho tiempo que no había comido así... quizás quince años...; es decir, salvo el pollo y el pastel que me dieron en San Bernardino cuando descubrí el platillo volante.

CAPÍTULO IV



A expresión de asombro que apareció en el rostro de Holder fue tan grande que el otro se alarmó.

—¿Le ocurre algo..... Peter?

Sobreponiéndose, el joven logró dominar la emoción que le había invadido.

—No, simple sorpresa. ¿Fue usted, entonces, quien descubrió el platillo?

—Sí, pero no he querido hablar de eso con nadie. ¡No sabe usted lo que me costó escapar a los periodistas! Para un hombre como yo, sin domicilio conocido, la publicidad de la prensa no puede traerle más que disgustos. Sí, ya sé que al principio no hubiese hecho malos negocios vendiendo las noticias a algún periodista. Pero mis datos personales, mi foto y todo lo demás, cuando la primera emoción hubiese pasado, no hubieran servido más que para que la «poli» me buscase con muchos más medios de los que, sobre mí, poseen en la actualidad.

»Ahora soy un hombre desconocido, uno de los doscientos mil vagabundos que recorren los Estados Unidos con «billete de tope», como decimos nosotros: ¡un hombre completamente libre, Peter! Seres extraños en esta civilización repleta de policías y agentes del Fisco. ¡Por eso salí huyendo de San Bernardino, antes de que el sargento Knott recordase que había sido yo quien le comuniqué lo del platillo!

—¿Cómo fue eso, Apple?

—Pues venía yo para Los Ángeles, ciudad donde, aunque parezca extraño, no había estado nunca. En realidad —sonrió—, yo siempre he preferido, para mis «vacaciones», Florida. Conozco sitios deliciosos y allí, francamente, hay menos «clase» que aquí; es decir —su lenguaje tomó directamente el argot de los vagabundos—, allí, el asunto de la «manducatoria» está «chipén». Los tipos no se miran con los «trujas» —y señaló el habano que estaba fumando —y los tiran a más de la mitad. Tampoco las «chachas» de las casas elegantes son avaras y sueltan algunos «pavos» de vez en cuando... ¡Florida! Es un verdadero paraíso, amigo mío.

»Aquí, en Los Ángeles, hay demasiado celuloide en las cabezas, allí no

hay más que aserrín. Ya me dijeron los compadres que por aquí se perdía lamentablemente el tiempo. Los «guripas» vigilan las casas de las histéricas de la pantalla como si les fuesen a robar la poca gracia que tienen. Hay, además, «pies planos» por todas partes y en cuanto le «niquelan» a uno le echan el guante y lo llevan a la «trena» donde, por lo menos, le ponen a uno una «sábana»...

Peter, divertido y asustado, al mismo tiempo, por aquella incomprensible verborrea, hizo un gesto, deteniendo a su amigo.

—Todavía no me ha explicado lo del platillo.

—A eso iba... Estaba yo sentado al borde de la carretera, a unas millas de San Bernardino, cuando vi una especie de estrella fugaz. Ya sabe usted que, en esas ocasiones, lo mejor es cerrar los ojos, cruzar los dedos y hacer un voto.

—¿Lo hizo usted?

—Tres veces.

—¿Tres?

—Sí. Porque aquella estrella, que en realidad no lo era, pasó por encima de mi cabeza tres veces consecutivas. ¡La reoca! Luego me di cuenta de que no era tal estrella porque, apenas sin ruido, se posó cerca de mí, a un centenar de metros. Entonces cambió las luces, como los coches al acercarse a la ciudad.

—¿Qué quiere decir?

—Que la «estrella» traía una luz anaranjada, bastante fuerte. Y que al posarse en la tierra, se iluminó de verde y así sigue, según he oído, ahora.

—¿Qué más?

—Yo pensé que la cosa podía ser interesante para mí... y fui a buscar a los «polis». Resultado: un paseo en coche y finalmente, el sargento se portó como una persona decente y cumplió su palabra, pagándome una buena cena: pollo y tarta de manzana.

—¿No vio usted nada de particular en el platillo?

—No. A decir verdad, tuve miedo. Y sólo cuando me encontré lejos, en San Bernardino, me sentí tranquilo.

—Lo comprendo.

Hubo una pausa.

—¿Usted lo ha visto, Peter?

—En la televisión.

—Es muy grande; pero, según he oído decir, no ha salido nadie. La gente anda diciendo que los tipos esos... no me acuerdo cómo se llaman...

—Sirianos.

—Eso es. La gente dice que los sirianos no pueden salir de su lata de sardinas. Que temen coger la gripe.

Peter sonrió.

—Es curioso que sea usted el que descubrió el platillo y...

—¿Y qué, amigo mío?

Pero Holder, desviando la conversación, buscó otro camino que le condujese a algo claro, a algo que contestase, aunque no fuese más que parcialmente, las preguntas que se estaba haciendo en aquel momento.

—¿Siempre vivió usted así, Apple?

Y viendo que su curioso amigo luchaba desesperadamente por aprovechar el final del habano sin quemarse los dedos dijo:

—Tírelo y coja otro.

—¿Tirarlo? —dudó, mirando a Peter, al habano y a la caja, casi llena, que había sobre la mesa; después, decidiéndose, tiró la colilla en el cenicero y se apoderó de otro cigarro que encendió con fruición.

—¿Decía usted? —inquirió luego.

—Le preguntaba si había vivido usted siempre como ahora.

—No. Mi vida de... ¡hum! digamos hombre libre de los que no pagan impuestos, comenzó hace unos quince años.

—¿Y antes?

Apple entornó los ojos, como si buscase en su interior los recuerdos de aquella época lejana.

—Antes trabajaba en los circos...

Holder sintió que un pequeño escalofrío le recorría la espalda.

—... quizá por eso —prosiguió el otro —me acostumbré a ver mundo y me vino la gana de hacerlo solo.

—¿Era usted empleado o artista?

—Ni lo uno ni lo otro, aunque, para decir verdad, estaba más cerca de lo segundo que de lo primero.

—No lo entiendo.

—Verá usted: yo trabajaba para un artista, un gran artista —entornó los

ojos—... ¡El profesor Marko! —mirando a Holder—. ¿No lo recuerda? —inquirió.

—No.

—Es verdad. Usted era entonces demasiado joven, un niño... El profesor Marko ha sido uno de los mayores ilusionistas que ha habido en el mundo, puede que el mejor. Era de origen yugoeslavo y poseía una personalidad fantástica...

—¿Murió?

—Sí. Hace mucho: unos dos años después de dejarle yo. Leí la noticia de su fallecimiento en un periódico viejo: muy viejo... Hacía ya seis meses que estaba enterrado. Pero su muerte me hizo muchísimo daño y la sentí como si hubiese estado a su lado.

—Lo comprendo.

—No. Es imposible comprender mis sentimientos hacia aquel hombre: nadie puede comprenderlos de no haber trabajado a su lado. La gente buscaba, como siempre, sus trucos, sobre todo cuando me hacía trabajar a mí, pero yo le aseguro que no había truco alguno...

Peter asintió con un gesto de simpatía. Le interesaba muchísimo aquel relato, aunque no tenía aún seguridad del porqué.

—¿Qué trabajo hacían ustedes? —inquirió.

—Era el número más importante del espectáculo. El profesor me vendaba los ojos, después de hacer subir a uno del público para que colocase un hule, entre dos periódicos doblados en cuatro, debajo de mi venda. Se esforzaba en que se convenciesen de que no podía ver absolutamente nada...

—¿Y después?

—El profesor descendía al patio de butacas y me señalaba un hombre o una mujer. Yo debía decir el color de su traje, de sus cabellos, de sus ojos, de su corbata, de sus zapatos, la hora que marcaba su reloj, el espectador podía colocar las agujas como quisiera. También leía su tarjeta de visita o incluso el trozo de un documento o carta que el espectador se prestase a ensenar.

—¿Y no había truco?

—No, señor. Ya sé que hay muchos charlatanes que por medio de combinaciones de palabras nos imitaban, pero no era lo mismo. ¡Puedo asegurárselo!

—¿Cómo podía hacerlo, Apple?

—No tengo prueba alguna, señor..., pero si me cree usted, ahora ya no tiene importancia para el pobre profesor lo que yo diga, puede estar seguro de

que no había truco alguno. Yo mismo no sabía cómo lo hacía.

—¿Qué quiere usted decir?

—Escuche... Yo estaba en mi silla, en medio de las tinieblas, pendiente del profesor. Le había oído bajar por la escalinata de la orquesta y alejarse por el patio de butacas... Le oía, muy lejos, hablar con el espectador o la espectadora que se había prestado a colaborar en el espectáculo. Entonces, de repente, algo se encendía en mi cerebro, como uña luz y, cuando el profesor formulaba la pregunta, yo veía la respuesta impresa en mi cerebro; o, mejor dicho, como si alguien la hubiese escrito sobre la parte interna de la venda que me cubría los ojos.

—Es interesante.

—Mucho, pero ya comprenderá usted que yo deseaba también saber cómo lo hacía el profesor. Mil veces le pregunté cómo lo hacía y mil veces eludió hábilmente la respuesta.

—¿No se lo dijo nunca?

—No me lo hubiese dicho jamás, si no me hubiese ido de su lado. Pero el día que me vio dispuesto a marchar, cuando se dio cuenta, mejor que yo, de que la decisión que yo había tomado era definitiva, me hizo sentarme en su propio lecho y poniéndome la mano en el hombro: «Óyeme bien, me dijo, no sabes cuánto siento que te vayas, pero ahora que vas a hacerlo, deseo prevenirte de algo: tú eres un "sensitivo".» Le pregunté qué era eso y él me explicó que mi mente era capaz de recibir instrucciones de los telépatas. También me tuvo que explicar lo que significaba aquella palabra.

Peter sintió frío en la espalda, pero no dijo nada.

—Me advirtió —prosiguió diciendo el vagabundo —que tuviese mucho cuidado y de que, cuando sintiese esa luz extraña en la mente, bebiese, me emborrachase y escapase lejos del lugar donde me encontrase. ¿No es fantástico, amigo mío?

—Mucho —dijo el joven, con una voz nada natural. Y después de una pausa—. ¿Ha vuelto a sentir esa especie de... luz interior?

Jack asintió.

—Sí, esta mañana.

—¿Cuándo?

—Cuando me acercaba a la ciudad.

—¿Y... no se emborrachó?

—No. La sensación duró un solo instante y desapareció en seguida, justo unos diez minutos antes de que esa señorita del recado se acercase, a mí, con

su coche.

—Ya.

¿Cómo decirle a Apple que si había sentido aquella sensación característica era, sencillamente, porque Lucy Greene era una telépata?

Hasta entonces y después de haber hablado con su superior, Peter había estado convencido —¡la explicación de Fraser era tan lógica! —de que la muchacha, bien a su pesar, formaba evidentemente parte de un sector de la competencia que había decidido impedir, fuera como fuese, que él terminase triunfalmente sus experiencias con el «cromo-tántalo».

Pero ahora...

La casualidad, el destino o, mejor dicho, la voluntad de Lucy, le había puesto en el camino la prueba más evidente que deseara de que las cosas no habían sido, ni muchísimo menos, lo sencillas que el bonachón del señor Fraser había imaginado.

Pero lo que seguía sin entender eran los ocultos motivos que impelían a la no menos misteriosa muchacha a rogarle que no fuese a visitar el platillo volante.

* * *

Cuando Peter llegó a su despacho de la fábrica, después de ser llamado por el jefe con toda urgencia, el rostro de Edward Fraser poseía una expresión sonriente y el brillo de sus ojos expresaba un indiscutible triunfo.

—¡Siéntate, muchacho!

Holder obedeció, después de estrechar la calurosa mano que el otro le tendía.

—Te he llamado —siguió diciendo Fraser —porque estaba deseando hacerte partícipe de mi alegría, ¡Qué suerte hemos tenido los americanos, Peter!

—Me alegro.

—¡Claro que tienes que alegrarte! Porque nadie podía imaginarse que el destino se pusiese de una manera tan franca a nuestro lado. ¡Esos sirianos son maravillosos, estupendos, únicos!

—¿Los ha visto?

—Sí.

—¿Cómo son?

—Aproximadamente como nosotros. No se les puede ver, a través de la pantalla que separa la cámara suya de la que yo estuve, con toda nitidez, pero la silueta es perfectamente humana.

—¿Le recibieron bien?

—¡Magníficamente! Ellos conocen mucho más de lo que puedes imaginarte nuestras cosas. Y cuando intenté hablar, fueron ellos los que me dijeron, para demostrarme su buena fe, todo lo que habían hecho en el campo de la metalurgia y metalografía.

—¿Muchos avances?

—Algo increíble, Peter... ¡increíble! Me hicieron ver, gracias a una especie de televisión que poseen, mil millones de veces mejor que la nuestra, ya que recibe lo que directamente transmiten desde Sirio, ¡imagínate!, me enseñaron, repito, todas sus instalaciones en la preparación de metales y me hicieron demostraciones de la resistencia de materiales que me dejaron con la boca abierta.

—¿Han logrado algo como el «cromo-tántalo»?

Fraser lanzó una alegre carcajada.

—¡Ya esperaba yo tu preguntita, Peter! Y es natural. Todo inventor tiene su corazoncito y, querámoslo o no, su poco de orgullo.

Holder se amoscó, torció el gesto y preguntó:

—¿Qué quiere usted decir?

—Que esperaba que te sintieses un poco defraudado, decepcionado, al oír lo que tenía que contarte, lo que he visto con mis propios ojos.

—Todavía no ha terminado de contarme nada concreto, señor.

Edward no se percató del tono especial que había en la voz de su joven científico.

—Verás, Peter..., una de las escenas que vi me demostró que nuestro «cromo-tántalo» es una especie de cartón de piedra comparado con las cosas que los sirianos han logrado. Escúchame bien: vi una lámina, tan delgada como una cuartilla, tendida entre dos pivotes, formando una especie de puente... ¿sabes lo que lanzaron sobre ella?

—No.

—¡Un tren! Pero no vayas a creer que el tren era como los nuestros. Los vagones y la máquina eran formidables, de un tamaño colosal y todos aquellos iban cargados con grandes piezas de algo que me pareció hierro. ¿Te das cuenta, Peter? A esa maravilla en láminas la llaman «hikosita».

—No está mal.

—¿Sólo me dices eso? ¿Es que no sientes, como yo, la emoción de un descubrimiento como ése?

—Ya lo he dicho que es muy interesante, pero no es nuestro...

—¿Cómo? —lanzó una nueva carcajada—. ¿Crees de verdad, Peter, que yo estaría loco de contento si no supiese que ese metal va a ser puesto a nuestra disposición? ¡Porque eso fue lo que los sirianos me prometieron! Están dispuestos a ayudarnos y lo harán en todos los sentidos. Me dijeron que las primeras muestras de «hikosita» llegarían dentro de algunas semanas y que me las entregarían... personalmente. ¿Te das cuenta?

—Sí.

—¡Haremos verdaderas maravillas con esa sustancia, Peter! Su aparición echará por tierra todo lo que de resistencias de materiales se ha dicho hasta ahora. Y en cuanto a la construcción de aparatos y máquinas... ¡será una verdadera revolución técnica e industrial! ¡Mil años de avance, amigo mío! ¡Algo grandioso!

El entusiasmo de Fraser estuvo a punto de ganar al joven, pero había algo, quizá su orgullo de inventor destrozado, que le hacía experimentar una sensación de descontento y amargura que no podía evitar.

—Todo eso está muy bien, señor —dijo—, pero creo que deberíamos seguir trabajando en lo nuestro.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué?

—Porque sería perder lamentablemente el tiempo. ¡Ahora que vamos a disponer de algo tan formidable! No, amigo mío, no. Ya no quiero oír ni hablar del «cromo-tántalo».

—Pero...

La insistencia del joven hizo fruncir el entrecejo del otro.

—Lamento mucho, Peter, tener que hablarte de este modo. Pero sólo tu cabezonería es responsable... Soy el dueño de la fábrica y te ordeno que olvides todo lo que se refiere a esa aleación, si es que quieres continuar a mi lado.

Peter tragó saliva, con visible dificultad; después, mordiéndose los labios, se puso en pie.

—Yo también lamento todo esto, señor Fraser. Pero no estoy de acuerdo con usted y ahora mismo voy a abandonar la fábrica para siempre.

Y salió, cerrando la puerta de un violento portazo.

CAPÍTULO V



ECESITABA verla!

Era lo más urgente para impedir que su mente derivase hacia la locura, incapaz de solucionar todos los angustiosos problemas que su razón le planteaba sin descanso.

Regresó a su casa, enervado y deprimido al mismo tiempo, pensando encontrar a Apple, al que, cuando recibió la llamada de su jefe, rogó que le esperase. Pero el vagabundo había dejado una nota, despidiéndose de él y diciéndole que no podría acostumbrarse a una vida como aquéllas, prefiriendo continuar vagando por el mundo como antes.

Peter se dejó caer en un sillón, al lado de una botella de «scoth» y se sirvió un vaso mediano, sin gota de agua.

La cabeza le daba vueltas.

Porque lo más extraordinario de todo aquel asunto era la oposición que había entre las ideas de todos los que habían visitado el platillo y las de la muchacha, que algo debía de saber cuando se molestó en rogarle que no fuese a San Bernardino.

¡Y justamente ardía en deseos de visitar, a su vez, el platillo!

Porque era indudable—y por eso conocía perfectamente a Fraser—que los sirianos debían haber proporcionado pruebas evidentes al industrial. Edward no era ningún tonto y no se hubiese mostrado tan entusiasta si no hubiera visto, con sus propios ojos, demostraciones claras de un asunto que conocía a la perfección.

Todo parecía lógico y motivo de congratulación general era el saber que los sirianos estaban dispuestos a ayudar al mundo, haciéndolo evolucionar por un camino de paz y prosperidad.

Pero, de todos modos, una pregunta, una sola, tendría el poder de convencer plenamente a Peter.

¿Por qué, siendo tan infinitamente adelantados, no habían podido los sirianos inventar algo que les permitiese vencer la atmósfera de la Tierra?

Por muy delicados que fueran los organismos a la radiactividad de la

atmósfera terrestre, el mismo Holder se hubiera comprometido a idear algún procedimiento para evitar que les ocurriese nada malo y pudiesen moverse a su antojo por la superficie del Globo.

¡Aunque fuesen paralíticos o incapaces, Holder les habría preparado vehículos, completamente aislados del exterior, para que pudiesen salir de su platillo y conocer el mundo y, aquello era lo más importante, hacer que los conociesen!

¿Por qué diablos no salían nunca?

Mientras Peter no pudiese contestar claramente a aquella pregunta, seguiría desconfiando, si saber qué, pero dispuesto a aclarar aquel misterio que cada vez le parecía más absurdo.

¡Tenía que haber una explicación!

Se cansó de buscarla y, finalmente, sabiendo que no lograría solución alguna cambió el curso de su pensamiento concentrándolo dolorosamente en el producto de todos aquellos años que había utilizado para descubrir una aleación que iba a cambiar el mundo de la industria.

Ahora...

Cerró los puños, diciéndose que nada le importaba que todos los sirianos del Universo entregasen todas las aleaciones posibles a los terrícolas. Él proseguiría sus trabajos y lo que iba a hacer, en cuanto se hiciese de noche, era ir a la fábrica y apoderarse de sus fórmulas, que le pertenecían sin ningún género de dudas.

Le hubiese gustado pedírselas directamente a Fraser, pero era indudable que se había abierto un profundo abismo entre los dos hombres y Peter se sentía incapaz de presentarse nuevamente ante él.

Pero aquello no era problema.

Holder poseía aún las llaves para penetrar por la puerta posterior de la fábrica que conducía directamente al laboratorio, sin necesidad de atravesar el parque y entrar en el edificio por la puerta principal, ante la mirada del conserje que había podido recibir instrucciones concretas de Fraser a su respecto.

* * *

Detuvo el vehículo dos manzanas antes de llegar a la fábrica. Y después de haberlo aparcado, penetró por una callejuela, abandonando el tráfico de la avenida para tomar una serie de vías secundarias por las que, en completa tranquilidad y casi solo, consiguió llegar a la puerta trasera del edificio.

Todo estaba a oscuras.

Los obreros debían haber abandonado el trabajo tres horas antes y sólo el guardián de noche debía estar en el interior, haciendo su primer rutinario recorrido antes de ir a leer a su cabina, situada en el centro de la nave mayor.

Consultó el reloj.

Acababan de dar las nueve de la noche y era el mejor momento para entrar, ya que Fraser debía de estar, hacía tiempo, en su casa.

Peter introdujo la llave en la cerradura, haciéndola girar silenciosamente. La puerta se abrió también en silencio y él la cerró, a sus espaldas, encendiendo la luz del pasillo, a mitad subterráneo y sin comunicación con el exterior, lo que le garantizaba que aquella luz no sería vista por nadie.

Se sentía extraordinariamente molesto, ya que nunca había hecho nada igual y no le gustaba nada tener que obrar de aquella manera, como un vulgar ladrón.

Pero necesitaba las fórmulas, ya que se proponía seguir trabajando, aunque no fuese más que teóricamente, pues quería dejar ultimado un invento que, a pesar del ofrecimiento de los sirianos, significaba para él una satisfacción que no estaba dispuesto a dejar escapar.

¿No era estúpido, después de trabajar tanto tiempo en el «cromo-tántalo», abandonarlo todo cuando ya había obtenido una muestra y visto que se trataba de la aleación más ligera y resistente que la humanidad había poseído jamás?

Avanzó, a lo largo del pasillo, apagando la luz antes de abrir la puerta del fondo, ya que ésta daba a una especie de patio, al que desembocaba, por su parte posterior, el laboratorio.

Una vez en la oscuridad, Holder abrió la segunda puerta, viendo entonces que había luz en el laboratorio.

No se alarmó mucho por ello, plenamente convencido de que Lower, el viejo y simpático guardián, debía de estar recorriéndolo, como solía hacerlo siempre, de modo a cuidar que los mecheros «Bunsen» estuviesen cerrados, así como los pulsadores de las máquinas electrostáticas que, muchísimas veces, Peter, distraído y preocupado, dejaba enchufados.

De todos modos, el joven atravesó el patio en silencio y subió las pocas escalerillas que le separaban de la puerta pequeña del laboratorio, en cuya cerradura introdujo la llave.

La abrió, en completo silencio.

Desde aquel lugar, casi completamente oculto por las estanterías de la biblioteca que el laboratorio poseía, nadie, en el interior, podía verle. Y así, pegado a los estantes, se movió hasta llegar al extremo abierto, desde donde

miró a la sala.

Fue entonces cuando se estremeció.

Porque no era Lower, el viejo guardián, quien estaba allí, junto a una de las mesas de experimentación, sino Fraser en persona.

Edward estaba terminando de leer unas hojas de papel que el joven reconoció inmediatamente, identificándolas como sus propias fórmulas y cálculos sobre el «cromo-tántalo».

¿Qué significaba aquello?

Porque, deduciendo lógicamente de la conversación que habían tenido aquel mismo día, Fraser no debía interesarse por algo tan «anticuado» como aquello, ya que los sirianos le habían prometido algo infinitamente mejor y menos costoso.

¿Entonces?

La respuesta no tardó en llegar, de una manera evidente. Porque Edward, al terminar de leer, sonrió y cogiendo el montón de papeles, los colocó sobre la puntiaguda llama del mechero y los hizo arder.

Peter se quedó como una estatua de piedra.

¡Estaba destruyendo sus fórmulas!

No pudiendo más, al tiempo que una oleada de cólera le subía al rostro, Holder salió de su escondrijo, avanzando hacia su ex jefe. Éste, al oír los pasos del otro, levantó la cabeza, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué haces aquí? —inquirió con voz dura.

Holder no podía separar la mirada de los papeles que, retorciéndose, estaban ya en llamas y casi completamente convertidos en cenizas.

Señaló hacia ellos.

—¿Qué significa esto, Fraser? ¿Por qué está destruyendo mis cosas?

—¿Tus qué...?

—¡¡Mis cosas!! Es el producto de muchos años de trabajo.

—Ya lo sé, pero creo que olvidas que todos esos años de trabajo te han sido pagados.

—¡No es eso! —rugió Holder—. Usted me ha pagado el trabajo, pero no las fórmulas de mi invento, que en ningún caso formaban parte de mi salario como ingeniero.

Fraser, después de tirar el trozo de papel que aún tenía entre los dedos y que amenazaba quemarle, se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Estoy dispuesto a pagar lo que creas conveniente por estas fórmulas.

—No quiero su dinero, Fraser..., quiero mis cálculos.

—Eso ya es imposible, muchacho.

—Pero ¿por qué los ha destruido?

—Porque ya no sirven para nada. Compréndelo: tu invento es un juego de niños al lado de los que vamos a recibir.

—¿Qué me importa a mí lo que esos seres den? Yo quiero demostrar a los demás que todo eso es falso, porque nadie los ha visto y...

—¡Yo los he visto!

—¡Ilusiones! Si fueran tan inteligentes como usted dice, Fraser, ¿no habrían logrado un medio para vencer la atmósfera terrestre? ¿Es que no se da cuenta de que le han engañado miserablemente? Hasta ahora no han dado nada...

—¡Mentira! Los técnicos de Washington han recibido fórmulas para duplicar las cosechas y se están realizando experimentos formidables.

Peter sonrió, escéptico.

—Sí, eso ya lo sé. Pero también he oído que los sirianos quieren que destruyamos todas las bombas atómicas y de hidrógeno.

—¿Y para qué las queremos? Ellos pueden darnos, si es necesario, armas tan poderosas como las que nadie se atrevió nunca a imaginar.

—¡Pueden darnos! ¡Pueden damos! Hasta ahora no han dado más que fórmulas para la agricultura.

—¡Son pacifistas, no lo olvides!

—Demasiado pacifistas. Porque lo que desean es atarnos de pies y manos, colocarnos en una posición indefensa en la que no podamos reaccionar contra ellos... ¡Quieren convertirse, gracias a sus mentiras, en los amos del mundo!

—¿Eh?

Fraser había palidecido; pero después, sonriendo, dijo:

—Tienes una imaginación portentosa, Peter; pero, al mismo tiempo, peligrosa.

Holder se encogió de hombros.

—Nada me importa lo que piense de mí, Fraser. Pero sepa que voy a salir de este país, que se está convirtiendo en el manicomio más gigantesco del mundo. Iré a Europa y les diré lo que pienso de los sirianos.

—Se reirán en tus propias narices.

—No lo crea. Voy teniendo pruebas suficientes para ir dándome cuenta de la verdad de todo esto. Además, prepararé la aleación en Europa.

Edward lanzó una sonora carcajada.

—¿Otros años de trabajo, muchacho? No tendrás tiempo...

—No son años, Fraser, sino algunas semanas —señaló las cenizas, sobre el mármol de la mesa de ensayos—. ¿Cree que ha hecho todo destruyendo esos papeles?

—¿Qué quieres decir?

Peter se golpeó la frente con una palmada vigorosa.

—¡Que ha perdido el tiempo, Fraser! ¡Todas las fórmulas y cálculos están aquí, en mi cabeza, y no tardaré más de una semana en volver a tenerlos sobre el papel!

—¡Eso no lo lograrás nunca!

La verdad es que Peter no se extrañó al ver que su antiguo jefe sacaba aquella pistola. De golpe, sin saber cómo, le parecía haber encontrado un camino que le conduciría hacia la solución.

Pero no perdió el tiempo en regocijarse de su propio triunfo.

La conciencia del claro peligro que se cernía sobre él le hizo obrar velozmente y se echó hacia atrás, protegiéndose tras las estanterías, justo en el preciso momento en que el primer disparo de Fraser le ensordecía y la primera bala penetraba en la pared, exactamente en el lugar ante el que, instantes antes, había estado su cabeza.

Comprendió que la cosa no iba en broma y corrió, hacia la puertecilla, perseguido por un hombre, Fraser, que se había convertido en una verdadera fiera.

Edward Fraser disparó nuevamente, pero ya Holder había atravesado el patio y empujado la puerta, cerrándola por dentro, en un santiamén, corriendo hacia el otro extremo.

Oyó dos disparos de Fraser, contra la cerradura, mientras abría la puerta de la calle. Luego, una vez fuera, echó nuevamente a correr, pensando en alejarse de allí y llegar, cuando antes, al sitio donde había dejado el coche.

Con la respiración casi cortada por la fatiga que le había procurado el esfuerzo realizado. Por fin, acortado un poco el paso, ya que penetraba en la amplia y bien iluminada avenida y no deseaba llamar excesivamente la atención.

Pero sus sorpresas y sobresaltos estaban lejos de terminar con lo ocurrido

en el laboratorio. Porque, al abrir la puerta de su coche, que había dejado abierta, retrocedió, sorprendido, penetrando después, sin saber si sentir alegría, miedo u otra cosa.

Lucy Greene estaba sentada al otro lado del volante, con un cigarrillo entre los labios.

Peter se decidió, penetrando en el coche, sin decir una palabra. Lo puso en marcha, introduciéndolo en el tráfico rodado, que pronto los absorbió por completo.

Durante un buen rato, ambos permanecieron silenciosos, él pendiente del volante, ella con el cigarrillo entre los labios, mirando el reflejo de su punta ígnea en el parabrisas, estrella inmóvil entre la constelación de anuncios luminosos que desfilaban rápidamente.

Hasta que Peter no pudo más.

—Tiene usted una manera un tanto rara de aparecer y desaparecer... ¿no le parece, señorita?

Ella lanzó el cigarrillo por la ventanilla, sonriendo.

—Debe perdonarme, Peter.

—¿Yo?

—Sí. Algún día lo comprenderá usted todo y...

Él la interrumpió.

—¿Sabe que empiezo a estar cansado de promesas? Y no solamente de las suyas, sino hasta de las mías propias. Hay cosas que no pueden esperar, Lucy y ésta es una de ellas: ¡Quiero saber! ¡Saberlo todo para obrar en consecuencia!

—Comprendo su impaciencia, amigo mío; pero, por el momento y por lo que a mí respecta, es imposible.

—¿Por qué... si es que se puede saber?

—Porque yo no sé nada; es decir, muy poco.

Él le sonrió, mirándola de reojo; luego propuso:

—¿Y si me contase usted lo que sabe? Yo también le diría algunas cosas interesantes; pero antes quisiera hacerle una pregunta.

—Usted dirá.

Peter tardó unos instantes en decidirse; luego preguntó:

—¿Quién es usted, en realidad, Lucy?

—Ya lo sabe usted, Peter.

—Eso creía yo, pero no es cierto.

—Todo cuanto le he dicho es cierto, amigo mío.

¡Cuánto le hubiese gustado creerla!

Pero ahora, a medida que iba recordando lo ocurrido, no podía por menos de encontrar ilógico y fantástico el papel que había jugado ella desde que la encontró en Las Vegas.

¿Telépata?

Posible, basta cierto punto. Porque tan fantástica había sido la aparición de Lucy como la del otro, la del hombre que había dicho haber descubierto el platillo: el vagabundo.

—¿Conoce a Jack Apple, Lucy?

Ella frunció el entrecejo; después contestó:

—No —repuso tranquilamente.

Peter sonrió.

Estaba completamente seguro de que ella le mentía y lo que le preocupaba era el motivo que le impelía a hacerlo.

«Veamos, se dijo, desde el principio las cosas pasaron así: yo iba a regresar a Los Ángeles para proseguir mis experiencias sobre la aleación, ella aparece y me predice un accidente que, en realidad, se produjo. Es muy posible que aquel accidente hubiese sido mortal sin estar yo preparado para, en cierto modo, evitarlo.

»¿Por qué lo hizo?

»Es casi seguro, prosiguió pensando, que yo le haya sido simpático y que, en contra de las instrucciones que había recibido (y ésta era la tesis aproximada de Fraser), no haya querido que me pase nada grave.

»Pero, por otro lado, también podía ser que el predecir el accidente fuese simplemente una maniobra muy hábil y que el «objetivo» no fuera el matarme.

»¿Entonces?

»Si yo tengo fe en ella, no me acercaré al platillo. Si hago caso omiso y obedezco a Fraser, influido por los sirianos, no sigo trabajando para lograr el «cromo-tántalo»...

»¿No existe un nexo entre ambas cosas?

»Porque lo más lógico es que mi aleación constituya un peligro para alguien, y no hay duda de que sería para los sirianos. Y, si esto es verdad, ella, por más que lo quiera disimular, está a las órdenes de esas criaturas

extraplanetarias.

»¿Criaturas extraplanetarias...?

»¿No apareció Lucy de una manera verdaderamente fantástica y demostraba además poseer poderes que no rimaban con lo conocido en la vida de la Tierra?

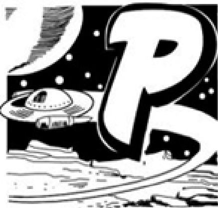
»¿Puede ser Lucy una siriana?

»Es verdad que había telépatas, pero él no había conocido más que los que, en el circo, se mostraban hábiles, manejando finos y delicados trucos que escapaban a los más observadores del público. El mismo Apple se presentó como un vagabundo que había trabajado con un profesor capaz de cosas en las que yo no podía creer.»

Todas aquellas deducciones le llevaron a la conclusión de que tanto el vagabundo como la muchacha, poseedores de poderes extraños, estaban demasiado íntimamente ligados a los sirianos para no ser de los suyos.

Y en ese caso, ¡la invasión de la Tierra no era ya más que un hecho, puesto que los sirianos podían mezclarse con los terrícolas y dominarlos con sus poderes telepáticos!

CAPÍTULO VI



ETER detuvo el coche. Había conducido los últimos quince minutos de una manera automática, preso de todo el proceso mental que le había absorbido por completo. Ahora, al detener el vehículo, no pudo evitar una sonrisa al ver que había atravesado la ciudad y se encontraba al comienzo de la carretera que se dirigía al Desierto Mojave y, por lo tanto, a San Bernardino.

Volviéndose hacia la muchacha, que le miraba fijamente, Holder acentuó la sonrisa.

—No hará falta que le explique nada, ¿verdad?

—Yo creo que sí.

—No sea tan modesta. Ya empezamos a conocernos un poco para que a estas alturas podamos engañarnos mutuamente.

Ella parpadeó, sólo un instante; después quiso saber:

—¿Qué quiere decir?

—Que no es necesario que le diga nada de lo que he ido pensando estos últimos minutos. En realidad, si usted hubiese sido una mujer «normal»: —y subrayó enérgicamente esta palabra—, no me perdonaría el haberme mostrado un tanto grosero con mi silencio, pero, tratándose de usted...

Vio con triunfo que la había hecho enrojecer.

Pero Lucy no tardó en dominarse.

—No es agradable para nadie —dijo —oírse llamar «anormal». Por eso me gustaría que se explicase usted un poco mejor, Peter.

—Voy a hacerlo con muchísimo gusto —replicó él—. Yo he estado pensando en muchas cosas durante todo este rato; pero, en realidad, era como si fuésemos charlando de la manera más amable y amistosa del mundo.

—No lo veo así.

—¿No? Quizás es porque, como a toda mujer, le gusta la conversación verbal en vez de la mental. De todas formas, amiga mía, se ha debido usted enterar de mis ideas como si se las hubiese explicado palabra por palabra.

Ahora fue ella la que sonrió.

—¡Comprendo! —había algo de amargura en aquella sonrisa—. Usted me cree con poderes suficientes para leer el pensamiento de los demás, ¿no es eso?

—¿No es así, debo preguntar yo?

Ella se arrellanó en el asiento y después de encender un cigarrillo dijo:

—Es usted, Peter, un hombre impetuoso con muchas virtudes pero con un defecto lamentable...

—¿Es que va a hacerme ahora un estudio de mi personalidad?

—No. Pero quería preparar la base para demostrarle lo equivocado que está. Y hay que decir que su defecto mayor es creer poseer una verdad cuando le faltan elementos de juicio.

—¡Que me aspen si la entiendo!

—Lo comprenderá en seguida. Usted está seguro de que me he enterado de lo que ha estado pensando durante todo este rato, ¿verdad?

—Seguro no, plenamente convencido.

—Bien. Pues ahí está el error de que antes le hablaba. Créame o no, amigo mío, yo no sé ni una sola palabra de lo que ha podido pensar usted.

—Pero —se asombró él—, ¿no es usted telépata?

—Sí, lo soy.

—¿Entonces?

—Entonces usted confunde muchísimas cosas, Peter. Yo soy lo que en psicología se llama una telépata «sensitiva»; es decir, un ser que tiene la facultad de «sentir» acontecimientos, en el espacio y el tiempo, a veces con claridad y precisión y otras veces de una manera turbia, borrosa e incompleta.

—Explíquese mejor.

—Vamos a nuestro caso. En el hotel de Las Vegas, cuando yo me disponía a ir a Los Ángeles, yo le vi a usted y tuve la clara visión de que iba a ocurrirle un accidente que yo, en cierto modo, podía evitar.

—Eso ya me lo sé de memoria. Pero no crea que he olvidado que usted me habló del futuro, de los peligros que yo iba a correr y todavía de la sustancia que yo estaba convirtiendo en una nueva aleación.

Ella bajó los ojos, cogida en la trampa.

—A veces —musitó con una voz apenas audible—, me es posible leer el pensamiento.

—¡Ajajá! —exclamó él, convencido y contento de su triunfo.

Ella levantó la cabeza, mirándole con fijeza.

—Escuche, Peter... No es momento de enredarnos en estúpidas explicaciones que no acabarían jamás, sobre todo cuando usted sigue anclado a unas ideas fijas...

—... que usted conoce como yo.

—Es posible —admitió ella—; pero, de todos modos, si yo me he presentado hoy de esta manera, introduciéndome en su coche y esperándole..., en realidad, le seguí en un taxi desde su casa, puesto que cuando yo llegué usted salía; si yo he venido, repito, es para rogarle, personalmente, que no vaya a visitar el platillo.

Peter señaló la carretera que tenían ante ellos.

—Creo, señorita Greene —repuso—, que va a ser imposible dominar mi curiosidad. Ya ve usted que, aun involuntariamente, mi subconsciente me lleva hasta allá.

—¡Se lo ruego, Peter! Usted está corriendo grandes peligros y con toda franqueza le digo que, aunque los preveo, no acierto a conocerlos con todo detalle, cosa que explicaría muchas cosas.

—¡Qué lástima!

La muchacha se mordió los labios.

—De todos modos —prosiguió diciendo ella—, ya que me toma a broma, hágame al menos caso en una cosa.

—¿Cuál?

—Sí, a pesar de mis advertencias, va usted a San Bernardino, ¡póngase un casco en la cabeza, Peter, se lo ruego!

Holder frunció el entrecejo.

—¿Un... casco? ¿Qué clase de broma es esa?

—No es ninguna broma.

—Entonces podrá explicarme el motivo.

Lucy suspiró.

—¡Ojalá pudiese hacerlo! Pero no puedo...

—¿Por qué? —inquirió él, seguro como nunca de que debían de ser «sus» amigos del platillo los que se lo prohibían.

—Porque lo ignoro. Es una simple intuición: Una visión telepática concreta, pero que, como todas ellas, carece por el momento de explicación lógica.

—Comprendo —sonrió él.

Ella se dio cuenta de que él seguía sin creerla. Entonces concedió:

—Voy a decirle algo, amigo mío, algo que no deseaba, por el momento, que supiese nadie.

Holder no dijo nada y esperó que la muchacha hablase, cosa que ella tardó unos segundos en hacer, como si reflexionase.

Finalmente empezó:

—Escuche, Peter... Desde hace un tiempo, desde que el platillo llegó a la Tierra, yo me he dado cuenta de cosas verdaderamente extrañas. ¿Recuerda cuando le hablé de las aureolas?

Peter no pudo por menos de esbozar una sonrisa irónica.

—¡Claro que me acuerdo! Yo, según usted, poseía una hermosa de color azul cielo...

—¡No lo tome a broma, por favor!

—Si no lo hago. ¿La tengo aún? —inquirió, con los ojos brillantes de malicia—. ¿O ha cambiado de color?

Ella suspiró.

—La tiene aún, Peter. —Y después de una pausa—: Le estaba diciendo que había visto cosas muy extrañas por las calles de Los Ángeles. Unas cosas que, estoy segura, no existían antes de la llegada de los sirianos.

—¿De qué se trata? —inquirió el joven, mordido por la curiosidad.

—De que hay hombres sin aureola.

—¿Y eso es importante?

—¡Muchísimo? La aureola significa algo así como la posesión de una personalidad y el color no es más que el carácter de esa personalidad.

—Lo que quiere decir, si lo entiendo bien, que esos pobres tipos han perdido la personalidad.

—Eso es: están despersonalizados.

—¿Y usted cree que los sirianos les han robado la aureola, es decir, la personalidad?

—¡Ojalá pudiese contestarle a esas preguntas! Pero ignoro, aunque lo sospecho, lo que ha ocurrido en verdad.

—Está bien, Lucy. Le estoy agradecido por todos esos consejos y le aseguro que haré lo posible porque nadie me robe mi hermosa aureola azul. ¿Dónde la dejo?

Ella se mordió los labios.

—Aquí mismo. Tengo el coche muy cerca.

Y bajó, alejándose apresuradamente hacia una calle vecina.

* * *

Holder terminó la cuarta taza de café, mirando melancólicamente el montón de colillas que se agrupaban, formando una especie de cono, sobre el cenicero.

Había pasado todo el día en casa, dándole vueltas a aquel asunto en el que cada vez veía menos claro. De todos modos, estaba plenamente convencido de que Lucy y Apple no eran, ni más ni menos, que dos sirianos dispuestos, no sabía por qué, a coartar sus movimientos.

La necesidad de obrar se impuso en él desde el principio, aunque se daba cuenta de que no podía acudir a las autoridades, ganadas por la propaganda de los sirianos y convencidas, desde Los Ángeles a Washington, de que una nueva Era de prosperidad ilimitada iba a nacer para los Estados Unidos.

¿Cómo podían haber convencido los sirianos a hombres de primera fila en la política, la ciencia y la técnica...? ¿De qué medios se habrían valido para ganarse la voluntad de los que dirigían el país?

¿Hipnotismo?

No. Fraser no parecía hipnotizado, sino completamente normal, convencido de pies a cabeza de que los sirianos querían ayudar a la nación. Sin embargo, Fraser se había atrevido a disparar contra él, lo que quería decir que no estaba en sus casillas y de que «algo» le había pasado para convertirlo, siempre había sido pacífico y tranquilo, en un hombre capaz de agredir al mejor colaborador, al más mimado de todos los ingenieros que nunca habían desfilado por la fábrica.

Meditando sobre aquello, Holder llegó a la conclusión de que la acción se imponía; pero, al mismo tiempo, notó que se encontraba demasiado solo.

¡Si hubiese podido contar con Lucy!

Al pensar en la muchacha, por la que había experimentado, desde el principio, una atracción irresistible, sintió la amargura de la decepción y, al mismo tiempo, una especie de temor ignoto hacia la personalidad extraterrenal de ella. Verdad era que en la última entrevista, cuando la tuvo a su lado, en el coche, llegó a sentir repugnancia, como si bajo aquel aspecto de hermosa criatura se escondiese un monstruo espacial capaz de horrorizar a cualquiera.

Porque no le cabía duda de que Lucy lo era y que su «disfraz terrícola» iba a desaparecer un día para dejar su monstruosa naturaleza siriana en libertad.

Se estremeció.

Fue entonces cuando recordó a Alan.

Alan Karson había sido su amigo. «Había sido», ésa era la verdad. Periodista de uno de los rotativos más importantes de Los Ángeles, Alan y él habían salido juntos en muchísimas ocasiones, intimando rápidamente. Pero un día, o una noche —y Holder sonrió al recordarlo ahora—, habían conocido a una extraordinaria criatura: Alice Ferrason, de la que él, Holder, se enamoró vehementemente.

Las cosas se habían complicado bastante después, de manera que Alice terminó llamándose señora Karson, cosa que, naturalmente, sentó como un tiro al ingeniero, que culpó a su amigo de haber utilizado todas las malas artes para quitarle la novia.

Ahora, cinco años después, Peter pensaba de muy diferente manera, pero nunca se había atrevido a salvar el abismo que su cólera de aquellos momentos había establecido, al parecer definitivamente, entre los dos jóvenes.

Sin embargo, Holder había pensado con frecuencia en su amigo y hasta en la muchacha, solamente como la señora de Alan y había seguido con alegría la fulgurante carrera periodística de Karson, sin guardarle en el fondo del corazón ni el más pequeño rencor por lo pasado.

Necesitándolo ahora, Peter dudaba aún, temeroso de que su amigo, con muchísima razón, le enviase a freír espárragos.

Un buen vaso de «whisky» le quitó los últimos temores.

Decididamente, marcó un número.

Momentos después tenía, al extremo del teléfono, el periódico donde trabajaba su amigo. Una emoción extraña se había apoderado de él.

—¿Diga?

—¿El señor Karson, por favor?

—En seguida le pongo con su despacho. Un momento, por favor.

Esperó unos instantes más y, de repente:

—¡Hello!

Era una voz que hacía mucho tiempo no escuchaba, pero cuyo timbre no había olvidado.

Preguntó, innecesariamente:

—¿Alan?

—Sí. ¿Quién es ahí?

—Holder. Peter Holder.

Hubo una corta fracción de segundo de silencio; luego preguntó:

—¡Holder! ¿De verdad eres tú?

La voz denotaba alegría contenida.

—Sí. Escucha, Alan... Yo quisiera...

Alan le interrumpió:

—¡El que quiero soy yo! Coge el coche y vente para acá. Nos iremos a casa ahora mismo. Comes con nosotros, de eso no hay duda.

Peter sonrió.

—Bien, Alan.

—O. K. Te espero en la puerta del periódico... ¡Date prisa!

—Bien, pues... ¡hasta luego!

Peter colgó, sintiendo que una alegría sincera le inundaba el pecho.

Rápidamente fue en busca de su coche.

Quince minutos más tarde, el joven detenía su vehículo ante el monumental edificio del «Los Ángeles Herald», no tardando en ver a su amigo, al que hizo un gesto por la ventanilla del auto.

—¡Aquí, Alan!

El otro corrió hacia él.

Peter le abrió la puerta.

Alan Karson era un muchacho alto, ágil, de rostro bronceado por el sol y el aire y unos cabellos negros, de un negro tan intenso, que a veces parecían poseer reflejos azules. Aquella cabellera, lisa sin embargo, le daba un aspecto de indio.

Alan subió al coche, estrechando cordialmente la mano de su amigo.

Profundamente emocionado, Holder dijo:

—Escucha, Alan..., yo quisiera.

Pero el otro con un gesto amistoso cortó:

—¡Cierra el pico, amigo! Ya me contarás todo lo que quieras en casa. ¡Tengo un apetito formidable y ya puedes imaginarte lo que Alice se estará afanando en la cocina desde que le he dicho quién tenía hoy de invitado!

—¿Cómo? ¿Se lo has dicho?

—¡Hombre, claro! ¿Quieres verme viudo? Si nos presentamos, de repente, sin advertirle, seguro que le da un ataque. Recuerdas donde vivo, ¿verdad?

—No.

—Déjame entonces el volante, amigo Peter. Conduciré yo.

Momentos después, Alan se introducía en el tráfico de las avenidas, demostrando que su profesión de periodista le había hecho saber moverse por las calles casi con la misma seguridad que lo hubiese hecho un policía en su coche con sirena.

Peter se encontraba contento, satisfecho de haber vuelto a ser el amigo de un hombre como Alan, del que siempre había estado orgulloso.

Pero su viaje se vio interrumpido por un atentado.

Fue al abandonar una de las avenidas importantes y penetrar por otra secundaria que conducía hacia la costa, cuando, de repente, el coche apareció por un lado.

Karson poseía unos reflejos a prueba de cualquier sorpresa y supo tomar un callejón, haciendo chirriar los neumáticos, en el momento en que la lluvia de balas, tiradas desde el otro vehículo, se estrellaban en la pared, a la altura exacta donde el auto de Holder había estado segundos antes.

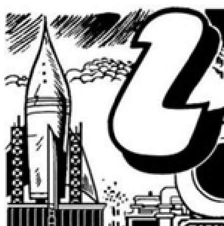
—¡Afuera! —ordenó.

Bajaron del coche, yendo hacia un portal próximo, pero el ataque no se repitió y tan sólo los pitidos de los guardias resonaron en la calle que acababan de abandonar.

Alan miró fijamente a su amigo.

—¿Qué demonios te ocurre, Peter? ¿Cómo no has venido antes a verme?

CAPÍTULO VII



LEGADOS que fueron a la casa del periodista y después de que Alice lo estrechase entre sus brazos y lo besase, Holder tomó asiento, frente a su amigo y le contó detalladamente todo, desde el principio.

Alan le escuchó con atención, interrumpiéndole a veces para hacerle alguna pregunta o rogarle que repitiese algo que no había comprendido por entero.

Cuando Holder terminó, Alan sirvió nuevas bebidas y volviendo a sentarse frente a su amigo dijo sonriendo:

—Es una pena que yo no sea escritor, en vez de periodista: haría una novela con todo eso que acabas de contarme.

—Yo preferiría no habértelo contado.

—Lo comprendo; pero, de todos modos, es muy interesante y bastante extraño: sobre todo la aparición de esa muchacha telepática.

—¿Eres de mi opinión respecto a Lucy?

El otro entornó los ojos; luego, suspirando, concedió:

—Sí, soy de tu opinión, desdichadamente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me he dado cuenta de tu interés por ella.

Y sonrió.

Holder lo hizo también, pero tristemente, como si quisiese hacer patente que él también lo sentía.

—No puede ser un ser humano —insistió Karson—. Su aparición y su intervención demuestran claramente que posee poderes que nosotros apenas conocemos... Sin embargo, es muy hábil.

—¿Por qué?

—Porque Lucy Greene existe, en efecto.

—¿Eh?

—Sí. Es una mujer de circo, una de esas hipnotizadoras o ilusionistas o algo parecido. Yo pensaba hacerla una entrevista, cuando me enteré que iba a trabajar en Los Ángeles, pero supe posteriormente que había regresado inesperadamente a Europa.

—¿No la viste jamás?

—Personalmente no, pero tenemos fotos en el periódico.

—¡Quisiera verlas!

—Ya lo comprendo. Yo también quiero que las veas, aunque ya me imagino que, casi es seguro, que el aspecto de «tu Lucy» y el de la artista sea el mismo.

—Sí, es posible.

Hubo una pausa.

—Lo que no entiendo bien —dijo, después, Alan —es el motivo que ha podido empujar a esa criatura a librarte de la muerte y advertirte de los peligros.

—Yo estoy convencido de que su actitud forma parte de un plan que no llego a comprender y en el que estoy jugando un papel importante sin saberlo.

La llegada de Alicia, anunciando que la mesa estaba preparada, cortó las conversaciones y todos pasaron al comedor, donde la charla se orientó, hábilmente dirigida por Alan, hacia los recuerdos de aquella amistad y a lo que ambos habían hecho durante aquellos cinco años.

Se interesó mucho por la aleación en la que trabajaba su amigo.

—¿Dices que es muy importante?

—Muchísimo: el «cromo-tántalo» reúne todas las propiedades que un metal ideal debe poseer: es maleable, dúctil, flexible, y al mismo tiempo, su resistencia a la temperatura, sea esta calor o frío, le hace verdaderamente único.

—Ibais a venderlo a las fábricas de aviación, ¿verdad?

—Eso pensaba Fraser, pero mi idea era enviarlo primero a los Estudios de Astronáutica. Ya sabes que todos los intentos de hacer una nave del espacio, capaz de llegar a la Luna, han fracasado por lo mismo. Ningún metal ha podido resistir los bruscos cambios de temperatura en el espacio.

—¿Y crees que con tu aleación el problema se resolvería definitivamente?

—No lo creo: estoy completamente convencido. Yo he hecho pruebas, con la muestra que logré primero y me quedé asombrado de su resistencia. Sí, amigo mío, con mi aleación, los viajes espaciales serán tan sencillos como los aeronáuticos hoy día.

—Eso es lo más interesante que has dicho, Peter. ¿Y dices que serías capaz de recordar la fórmula que destruyó tu jefe?

—Sí. Por eso han querido matarme.

* * *

Durante los cuatro días que, obligado por Alice y Alan, Holder se quedó en su casa sin salir, para evitar un nuevo atentado, el joven, utilizando el despacho de su amigo, trabajó, sin descanso, en la paz de aquel estupendo hogar, volviendo a hacer los cálculos y fórmulas que Edward Fraser había quemado en el mechero «Bunsen» del laboratorio de la fábrica.

Estaba completamente seguro de conseguirlo y aquella noche, cuando Karson regresó del trabajo, Holder, mostrando un montón de cuartillas, se precipitó a su encuentro.

—¡Ya lo tengo, Alan! Aquí están las fórmulas de la aleación, completas y terminadas.

—¡Eres un tío! Ven, vamos a guardarlas en mi caja fuerte —sonrió—. Es lo único de valor que tendré en ella.

Luego, cuando se pusieron a cenar, Holder esperó que Alice sirviese el café y comunicó:

—Creo que ha llegado el momento de actuar, Al.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora ya no tengo miedo a lo que pase. Las fórmulas están aquí, en seguridad y nadie puede destruirlas.

Intervino Alice:

—¿Y qué piensas hacer ahora, Peter?

—Ir a San Bernardino.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¿Es que has perdido la razón?

—No la ha perdido, querida —intervino Alan—. Yo también estoy de acuerdo con él. Puesto que sólo nosotros dos sabemos que algo extraño se encierra en la presencia de esos platillos.

—¿De.... ésos? —inquirió Holder, volviéndose a su amigo.

—Sí. Todavía no os lo había dicho, pero hay ya platillos en casi todos los países importantes del mundo: Francia, España, Alemania, Rusia, Inglaterra. También en el continente americano han aterrizado en Méjico, Argentina, Brasil, Paraguay, Bolivia...

Holder estaba pálido.

—En todos esos países, que ya conocían lo que nosotros habíamos hecho con nuestro platillo, se ha empezado de la misma manera y parece ser que los sirianos han manifestado lo mismo en todas partes: que desean la paz y la prosperidad del planeta.

—¡Es una invasión total!

—Eso me temo.

—Lo horrible es que no podremos hacer nada ya —dijo Holder, con tristeza.

—¿Por qué no?

—Porque, aunque lográsemos penetrar en el platillo de San Bernardino, no lograríamos, en el mejor de los casos, más que destruir éste.

—No creo que se trate de destruir, Peter. Yo estoy dispuesto a acompañarte y ya veremos después lo que hacemos.

Ahora fue la muchacha la que palideció.

—¿No es una locura lo que vais a hacer?

—No.

—¿Cómo queréis descubrir algo donde los hombres más sabios del país han salido convencidos de las buenas intenciones de los sirianos?

—A veces —dijo Alan—, es más fácil engañar a un sabio que a un hombre que no lo es. No olvides, Alice, que todos esos visitantes ilustres del platillo fueron a él con un estado de ánimo preparado. Estaban dispuestos antes de entrar, a asombrarse. Y eso fue lo que les pasó, que se asombraron.

Y volviéndose a Peter.

—Puedes ir preparándote, amigo mío. Esta misma noche salimos hacia allá: dentro de quince minutos.

—¿Por qué justamente ahora? —inquirió su esposa.

—Porque no hay vigilancia excesiva en aquel lugar, en el que he estado todos estos días mientras preparaba el plan.

—Tengo miedo —dijo ella.

Alan le acarició los cabellos.

—Tranquilízate, amor mío. Nada nos ocurrirá. Ya lo verás.

Momentos más tarde, los dos hombres salían del edificio, dirigiéndose hacia el lugar de aparcamiento más próximo.

—Iremos en mi coche —dijo el periodista—. El tuyo es ya sobradamente

conocido... y tendrás que perdonarme.

—¿Por qué?

—Porque lo he hecho desaparecer.

Holder no dijo nada y esperó a que su amigo prosiguiese.

—Escucha, Peter, la situación es muchísimo más peligrosa de lo que parece. Yo no he querido decir nada a Alice porque ella se hubiese preocupado inútilmente, ya que no puede hacer nada por cambiar las cosas.

—Explícate, por favor.

Estaban ya en el interior del coche y Alan sacó un periódico del bolsillo, el mismo donde él trabajaba, abriéndolo de modo a mostrar a su amigo la primera página.

Holder lanzó una exclamación ahogada.

Porque allí, bajo enormes titulares, había una gigantesca fotografía suya, muy reciente y que le mostraba en su laboratorio.

Leyó los titulares:

> *PETER HOLDER, CONOCIDO INGENIERO DE LA FRASER, HA HUIDO LLEVÁNDOSE SECRETOS IMPORTANTÍSIMOS QUE LOS SIRIANOS HABÍAN ENTREGADO AL DIRECTOR Y PROPIETARIO DE LA CITADA FÁBRICA, EDWARD FRASER.*

Y debajo:

> *Los Ángeles, 19. —(inter USA). —La Policía continúa buscando afanosamente a Peter Holder, cuya pista se perdió después de que un vehículo policial, que había dado el alto, disparó contra él. Los documentos que Holder ha robado son de interés nacional y se cree que el ingeniero trabaja para un conocido país europeo.*
>
> *Las fórmulas robadas corresponden a una aleación que los sirianos habían entregado graciosamente, siguiendo su política de buena voluntad, al señor Fraser, quien tuvo la mala fortuna de confiar en su colaborador, enseñándoselas. Holder, aprovechándose de la confianza que gozaba en la fábrica, penetró en el laboratorio, en plena noche, siendo descubierto por el director en el momento justo en que huía con las fórmulas.*
>
> *Las Autoridades esperan de todos los ciudadanos una estrecha y leal colaboración para conseguir detener al traidor ingeniero y*

recuperar las fórmulas antes que pueda hacerlas pasar a una nación extranjera... Se advierte también que si alguien cometiese el error de darle asilo, será considerado como cómplice y encartado, con toda la responsabilidad criminal que se derive, en la misma causa del felón de Holder.

Peter lanzó un suspiro profundo.

—¡Es inconcebible!—exclamó.

Alan, a su lado, sonrió.

—Ya ves que no se andan por las ramas. Y ha sido esto lo que me ha demostrado, mejor que cuanto tú me has dicho, que estos sirianos están jugando suciamente, con cartas marcadas.

Abrió el depósito de los guantes y entregó una pistola a su amigo.

—Toma. Es un buen arma y seguro que nos hará falta. Mira ahí detrás.

Holder volvió la cabeza, sonriendo al ver los cascos que había sobre el asiento.

—¿Crees en las palabras de Lucy?

—Hombre. No es que tenga muchos motivos para creerlas; pero, de todos modos, ella ha demostrado, hasta el momento, que deseaba evitarte muchos disgustos. Será una siriana, es posible, pero no irás a decirme que piensa como los otros.

—Yo sé muy poco.

—Nadie sabe mucho, Peter. Pero no olvides que, si esa muchacha o lo que sea no sube a tu coche cuando saliste de Las Vegas, hoy no estarías vivo.

—Eso es evidente.

—Por eso hay que escuchar sus consejos. Ya te habrás dado cuenta de que tú significas para ellos un peligro grande: el más grande de todos. Y que no es por tu bonita persona, sino por el dichoso «cromo-tántalo».

—¿Te das cuenta de lo que estás insinuando, muchacho?

—Sí. A ellos les molesta esa fórmula.

—Pero ¿por qué? ¿No te percatas de lo falso de tu afirmación?

—No hay nada falso.

—Sí, Alan. Y perdona. Gente como los sirianos, que han sido capaces de desarrollar los viajes interplanetarios con esa potencia, deben reírse de una fórmula como la mía que, después de todo, no significa nada para ellos. Debe ser otra cosa la que les mueve a perseguirme.

—No, Peter. Es el «cromo-tántalo». Pero es inútil pasar aquí la noche discutiendo de estas cosas. Pasa ahí detrás, túmbate en el suelo y échate una manta por encima. No quiero que cualquier estúpido polizonte te reconozca y nos dé un disgusto.

Holder obedeció y el vehículo se puso en marcha, tomando la amplia carretera que conducía hacia el Mojave.

La noche era espléndida y el cielo estaba tachonado de estrellas. Alan condujo con moderación, fumando cigarrillo tras cigarrillo. El cartel de «PRENSA» que llevaba en el parabrisas le hizo pasar dos barreras policíacas sin apenas detenerse.

Cuando dejó San Bernardino atrás, respiró con fruición, tomando entonces una carretera secundaria por la que se acercó a la zona del platillo sin necesidad de pasar ante la última barrera de la Policía.

En realidad, como había podido comprobar en aquellos últimos días, la vigilancia policíaca se hacía por puro trámite y para evitar que la gente visitase el platillo, saltándose las instrucciones concretas de los sirianos, que no deseaban recibir más que a los personajes importantes del país.

Apagando los faros, Alan detuvo el coche a unos quinientos metros del emplazamiento del platillo, detrás de una pequeña colina que lo ocultaba por completo.

Se volvió hacia el asiento trasero.

—¡Ya puedes salir, Peter!

Holder lo hizo, frotándose las entumecidas piernas. Luego saltó fuera del coche, examinando la oscuridad que les rodeaba.

—¿Hemos llegado?

—Sí. El platillo está allí —y señaló el lugar donde, cuando los ojos de Holder se habituaron, le permitieron ver la silueta de la nave siriana.

Peter lo contempló en silencio.

Luego consultó:

—¿Vamos?

Sonriendo, Alan preguntó:

—¿Estás decidido?

Peter contestó sin vacilar.

—Sí.

—Pues coge los cascos, uno de esos paquetes y en marcha.

Obedeció, preguntando:

—¿Qué contienen esos paquetes?

Alan sonrió.

—Ya lo verás, si es necesario.

Avanzaron, procurando hacer el menor ruido posible.

—La pareja de policías que vigila el platillo —explicó Karson —está al otro lado y bastante lejos. Les han montado una garita y descansan en el interior, pasan el rato jugando la mayor parte del tiempo a las cartas.

Peter exclamó:

—Formidable.

Tardaron cerca de quince minutos en salvar la distancia que les separaba del platillo. A medida que se iban acercando, las dimensiones parecían crecer sin parar, hasta que la nave apareció, gigantesca, con el brillo verdoso que se escapaba de ella.

—Antes de entrar —dijo Alan—, ven hacia aquí. Quiero enseñarte una cosa y preguntarte otra.

—Vamos.

Se separaron y al abrigo de una elevación del terreno, Alan sacó una cartulina, lanzando un rayo de luz, con su linterna, sobre ella.

Era la foto artística de una joven.

—Ésta es Lucy Greene..., ¿se parece a la tuya?

—Es la misma.

—Me lo imaginaba. Esos sirianos son verdaderamente muy listos.

Apagó la linterna y guardó la foto en el bolsillo; luego preguntó:

—¿Te das cuenta de la puerta de ese platillo, Peter?

—Sí. Es una puerta rampa. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Cómo crees que se abre esa puerta?

Holder reflexionó unos segundos; después dijo:

—Por un mecanismo fotoeléctrico.

—Así lo creía yo. Abre el paquete que has cogido. En el interior encontrarás aparatos que he puesto para ti.

—¿Aparatos?

—Sí. Hay un fotómetro, voltímetros, amperímetros... y algunas cosas más. He creído que eso te serviría para localizar los mecanismos más importantes del platillo. Comprenderás que no sería gracioso que nos

quedásemos ahí dentro, como dos ratas cogidas en una trampa. ¿Comprende»?

Holder tragó saliva con dificultad.

—Sí, comprendo...

—Ahora —dijo el otro—, voy a hacer una prueba previa.

Y se adelantó, hacia el platillo, caminando directamente hacia la rampa.

Pero, diez metros antes de que la alcanzase, la rampa vibró, cerrándose silenciosamente.

Alan volvió junto a su amigo.

—¿Te has dado cuenta da nuestra mala suerte, Peter?

Éste dijo:

—No es mala suerte, Karson, sino televisión.

CAPÍTULO VIII



LAN miró a su amigo con asombro.

—¿Qué quieres decir?

—Que debe haber un aparato de televisión que capta las imágenes de los que se acercan.

—Eso está muy bien, pero jamás se ha cerrado, que yo sepa.

—Seguramente. Y con razón.

—¿Por qué?

—Porque nunca se acercó nadie llevando un casco en la cabeza.

Karson abrió la boca.

—¡Es verdad! ¿Sabes que esa tal Lucy empieza a serme verdaderamente simpática? Aunque no sé cómo vamos a arreglárnoslas para salvar esta dificultad.

—De una manera sencilla... quitándonos los cascos.

—¿Eh? Yo no me lo quito ni a tiros.

—Escucha. Nos los quitaremos mientras pasamos la rampa. Una vez dentro, antes de entrar por la puertecilla del fondo, nos los volvemos a poner. ¿Qué te parece?

—No es mala idea; pero, hablando con franqueza, me da un no sé qué quitármelo.

Lo hicieron, llevando cascos y paquetes en la mano. La rampa había vuelto a abrirse y no se movió cuando ellos se encaramaron sobre ella, penetrando en el platillo.

Una vez allí. Alan sonrió.

—Desde luego —dijo—, son muchísimo menos listos de lo que yo creía.

—¿Por qué?

—Porque debían haber visto que llevábamos los cascos en la mano.

—Esa observación tuya es mucho más importante de lo que crees, amigo

mío. Pero vamos a ponérnoslos.

Lo hicieron y la compuerta volvió a cerrarse, dejándoles dentro esta vez.

—¿No eran listos, eh? —replicó Peter.

El otro frunció el entrecejo.

—¡Nos han cazado como a ratas!

—No. Gracias a tu fotómetro, encontraré las células fotoeléctricas que hacen mover la puerta; pero, por el momento, casi es mejor para nosotros que hayan cerrado. Así nadie volverá a entrar mientras echamos una ojeada por ahí dentro. ¿Vamos?

—Cuando quieras.

Alan sacó la pistola, empuñándola con fuerza y dirigiéndose hacia la pequeña puerta por la que penetraban todos los visitantes del platillo, pero Peter se le adelantó.

—Espera. Es mejor que sea yo el primero. Los aparatos, por el momento, pueden ser de más utilidad que las armas.

—Bien.

El pasillo, en forma de caracol, era estrecho y no permitía el paso más que a una persona.

Holder, con los instrumentos en la mano, miraba hacia las paredes y al bajo techo que casi le rozaba el casco. Al levantar el amperímetro a la altura de la cabeza, se dio cuenta de que la aguja se ponía a saltar locamente.

—Ondas electromagnéticas —dijo.

—¿Qué significan?

—Que alguien las lanza desde las paredes. Parece ser que tienen mucha fuerza. Si no llevásemos puestos los cascos...

Karson sonrió.

—¡Cuando yo te decía que empezaba a sentir una especial simpatía por esa muchacha!

El pasillo, siempre estrecho, continuaba, con su característica forma helicoidal hasta que, de repente, Peter y después su amigo desembocaron en una sala en cuyo centro había una especie de sillón complicado, rodeado de extraños aparatos y frente a los cuales se veía una gran pantalla de televisión.

Peter examinó detenidamente aquellas complicadas instalaciones, haciendo lo imposible por comprender para qué podían servir. Luego, volviéndose a su amigo,

—Vas a sentarte en ese sillón, Alan.

—¿Tú crees?

—Sí. Con el casco puesto no te pasará nada. Estoy convencido.

Era notorio que las dudas se habían apoderado de Alan; pero, después sonriendo dijo:

—Toma mi pistola. Si ocurre algo, ya sabes lo que tienes que hacer.

Avanzando con cierto temor, Karson terminó por decidirse, sentándose en el sillón. No había acabado de hacerlo cuando una especie de complicado casco, del que emergían multitud de cables, descendió hasta acoplarse a su cabeza. Al mismo tiempo, la oscuridad se hizo en la sala y el aparato de televisión empezó a funcionar.

Una voz se dejó oír, que parecía surgir de las paredes.

—¡Obedece, terrícola! Mientras funcione tu máquina especial, ningún poder podrá sustraerte a nuestro mandato. Has de decir que nosotros, los sirianos, somos los seres más avanzados del Universo y que nuestra misión es la de traer la paz y el orden, la prosperidad y la alegría a la Tierra...

La voz se interrumpió un momento.

Las imágenes habían empezado a proyectarse sobre la pantalla y Peter vio extensiones enormes de un planeta desconocido, repletas de construcciones modernísimas, altos rascacielos y torres para el aterrizaje de los cientos de aparatos voladores que cruzaban el aire de aquel mundo.

—La potencia de Sirio —siguió diciendo la voz —se basa en el descubrimiento de la única sustancia que permite el vuelo interplanetario y que, al mismo tiempo, constituye la coraza más fuerte contra toda clase de proyectiles, incluso los atómicos.

»Vosotros, terrícolas elegidos, seréis después nombrados ayudantes de nuestros Grandes Comandantes en la Tierra. El resto os obedecerá y vosotros seréis los indiscutibles jefes del planeta.

»Tengo además que darte —dijo aún la voz—, instrucciones para que colabores en la búsqueda del ingeniero Holder, al que hay que destruir sin demora...

Fue entonces, en aquel crítico momento, cuando la voz de Alan se dejó oír:

—¡Holder está aquí dentro!

Loco de horror, Peter miró a su amigo, dándose entonces cuenta de que el casco que llevaba antes sobre la cabeza yacía ahora por el suelo.

Y la expresión, en el rostro de Karson, no podía ser más odiosa.

Durante una cortísima fracción de segundo, Peter no supo lo que hacer;

después, con la claridad de un relámpago, la luz se hizo en su mente y empezó a obrar a una velocidad de vértigo.

Disparó, primeramente, contra el grueso cable que sujetaba el casco que se apoyaba sobre la cabeza de su amigo. El casco se corrió a un lado y cayó al suelo, junto al otro.

Alan se levantó.

Holder no tenía más que mirarle a los ojos para darse cuenta de que aquel hombre se había convertido en su peor enemigo. De todos modos, le hubiese sido imposible matarle. Así, adelantándose bruscamente, le golpeó con la culata en la cabeza, haciendo que se desplomase como un fardo.

No podía perder tiempo.

Un nuevo disparo hizo trizas la pantalla, dejando ver en su interior un curioso aparato de cine, cosa que hizo sonreír a Holder. Disparó varias veces más, abriéndose paso detrás de la pantalla y una nueva pared transparente que abrió, hasta llegar a donde se encontraba una máquina colosal, una especie de enorme cerebro electrónico: uno de los más gigantescos que había visto en su vida.

No dudó mucho, disparando contra la máquina, destrozando después, con una barra, todas las conexiones.

Después se volvió, penetrando nuevamente en la sala en la que había dejado a Alan sin conocimiento. Ya nada le retenía allí.

Cargándoselo sobre sus espaldas, rehízo el camino, llegando a la entrada después de sudar lo suyo para pasar con el cuerpo de Karson por el estrecho pasillo helicoidal. Una vez en aquella especie de vestíbulo, manejó el fotómetro, inutilizando las células fotoeléctricas y haciendo que la puerta se abriese.

Fue entonces, cuando se fijó en el reborde de la puerta y sus remaches electrónicos que comprendió lo que le quedaba por entender.

Momentos después, tras haber atado las manos de Alan, en prevención de un ataque, conducía su auto hacia Los Ángeles, deseando llegar cuando antes al domicilio de Karson.

Porque la lucha no había hecho más que empezar.

* * *

Frotándose las huellas que las ligaduras habían hecho en sus muñecas, Alan escuchaba las explicaciones que su amigo le iba dando. Alice les había preparado café y escuchaba, un tanto pálida, las palabras de Holder.

Cuando éste terminó, Karson asintió con la cabeza.

—No hay más remedio que ir a Washington —dijo—, aunque no creo que saquemos mucho en limpio.

—No lo creas. Yo espero que mañana nos traiga acontecimientos importantes en todo el mundo. Ya lo verás.

—¿En qué te fundas?

—En lo que te ha ocurrido a ti. Estuviste bajo el influjo de los sirianos y hasta me hubieras matado de haber podido. Yo tampoco creía, al traerte a casa, que las cosas iban a ser tan sencillas, pero es que no había pensado en una cosa.

—¿En qué?

—¿Recuerdas aquel tablero que había sobre la falsa pantalla de televisión y en el que se veían unos cuantos centenares de luces encendidas?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Pues bien. Después de visitar la parte posterior, encontré, en el fondo, cientos de minúsculas cajas que dejaban oír la marcha de sus mecanismos.

—¿Qué eran?

—Cintas magnetofónicas donde estaban impresas las órdenes que, constantemente, día y noche, iban emitiendo sobre una determinada longitud de onda. Cuando Alice, temerosa de que te hubiese hecho mucho daño, te miró la cabeza, descubrió una plaquita —señaló la mesa donde la había dejado.

—¿Y que representa esa placa?

—Es un pequeñísimo aparato de recepción, con un trozo de cesio, lo que hace que no solamente el sonido, sino las imágenes pasen al cerebro. Gracias a esa red de emisoras que había en el platillo, los sirianos emitían individualmente y los poseedores de esas placas recibían una «educación constante», de manera a ser influidos sin reposo por las instrucciones emanadas del platillo.

»El casco que descendió sobre tu cabeza y que se encargó, todavía no sé cómo, de quitarte el otro, era un verdadero quirófano en pequeño, capaz de colocar la plaquita debajo de tu cuero cabelludo, en el hueso, haciendo que su parte interior penetrase en el cerebro.

—¡Muy divertido!

—De esa manera, los que visitaban el platillo se convertían, inmediatamente en agentes de los sirianos: gente que les defendían contra viento y marea. Sí, al mismo tiempo, recuerdas que los sirianos no querían

recibir más que visitas de personajes importantes, te darás cuenta de la malignidad de sus proyectos, ya que sus «agentes inconscientes» eran los hombres que dirigían la nación.

—¡Es formidable!

—Naturalmente, al destruir las emisoras, esos individuos han dejado de recibir la influencia del platillo y deben encontrarse hoy en una situación un tanto rara; es decir, se encontrarán mañana al despertar cuando ya no defiendan a los sirianos.

—¿Y las placas?

—No sirven ya para nada. La sorpresa es cuando les descubramos la trampa y tengan que extirpárselas como yo lo he hecho contigo.

—Pues no he sentido nada.

—No es nada doloroso.

Alan asintió con un gesto.

—Es algo que va a constituir una información sensacional. De todas formas, no tenemos que olvidar que hay ya muchísimos platillos en la Tierra.

—Por eso tenemos que ir a Washington. Hemos de prevenir a los hombres del Pentágono porque, como te he dicho antes, habrá sorpresas mañana.

—¿Se puede saber qué te anda por la cabeza?

—Muchas cosas. ¿Crees que los sirianos, en cuanto se enteren de que su influencia en los Estados Unidos ha desaparecido van a cruzarse de brazos?

—¡Si es que los tienen!

—Eso, amigo mío, no lo sabremos nunca.

* * *

Mientras el avión recorría la distancia que les separaba de la capital federal, la radio de a bordo empezó ya a dar noticias.

Los dos amigos se miraron.

El locutor decía que la situación era muy peligrosa, ya que todos los países europeos y gran número de países sudamericanos habían denunciado a los Estados Unidos, acusándoles del mayor crimen que se había cometido en la Historia: la destrucción de un platillo siriano.

Había movilización en muchos de estos países, con la confianza de que los sirianos les proporcionarían armas nuevas para dar una lección a los

estadounidenses.

Los comentarios de la radio moscovita eran los más crudos.

»Nadie se atreverá ahora —traducía el locutor —a decir que la política de los USA no está llena de maldades e impregnada en un espíritu belicista indudable. La destrucción criminal de la astronave siriana es la prueba de que ni ese pueblo ni sus gobernantes pueden considerarse dignos de reunirse a los otros países civilizados.

»Ahora, cuando los sirianos estaban dispuestos a entregarnos una ciencia y una técnica que nos habría hecho adelantar cerca de un milenio en menos de dos años, los Estados Unidos cometen un acto que constituye la más horrorosa ofensa para nuestros pacíficos visitantes.

»¡Todos los pueblos de la Tierra deben levantarse, como uno solo, contra el desafío yanqui!

»Es verdad que, siguiendo las instrucciones de nuestros amigos sirianos, hemos destruido nuestras reservas de bombas atómicas y de hidrógeno, pero ellos nos han prometido armas formidables con las que castigar a los que tan profundamente les han ofendido y colocado al mundo ante la horrible tragedia que hubiera significado el que los sirianos abandonasen la Tierra.

—¡Cierre eso! —gritó uno de los pasajeros—. Ciérrelo o voy a atravesar el estrecho de Bering a nado con el placer de romper la crisma a uno de esos imbéciles.

Era Alan Karson el que había hablado.

CAPÍTULO IX



ESPUÉS de una entrevista relámpago en el Pentágono y otra no menos rápida en la Casa Blanca, el tiempo trabajaba en su contra, las autoridades se informaron del verdadero estado de cosas y siguiendo la sugerencia de Holder, reunieron aquella misma tarde a los embajadores y cónsules de todos los países que tenían representación en Washington y muchos de los cuales ya habían recibido instrucciones de sus respectivos gobiernos para reintegrarse a sus países de origen.

Fue una carrera contra el tiempo.

En la inmensa sala del Capitolio, completamente llena, la expectación era inmensa y cuando Peter Holder subió a la tribuna, un silencio completo se hizo, sin que nadie se viese obligado a imponerlo.

Holder miró a todos aquellos hombres en los que se daba la representación de casi todos los pueblos y razas del mundo. De ellos iba a depender el resultado de una maniobra con la que se intentaba salvar a la Tierra.

Por eso, desde el principio de su alocución, la voz de Peter sonó vibrante, entera, viril, como un aviso de peligro inminente.

—Señores —dijo—, les hemos reunido aquí, urgentemente, porque urgente es nuestra labor. Y son ustedes, los que dentro de unas horas regresarán a sus países, los que pueden hacer posible una acción conjunta para intentar salvar a la humanidad de la más alevosa y traidora acción de que jamás fue víctima.

»Nosotros también hemos sufrido la maléfica influencia de algo contra lo que, a no ser por un verdadero milagro, nos hubiese engañado como a los demás. Quiero aclarar, antes de seguir, que lo ocurrido aquí podría haber acontecido en cualquier otro sitio y que los resultados hubieran sido siempre idénticos.

»Todos sabemos que los sirianos han llegado a la Tierra. Y ésa es la primera mentira que nos han hecho creer, ya que ninguna criatura viva va en el interior de los platillos que han aterrizado en nuestro planeta.

»El examen de esas naves del espacio nos convencerá de que se trata de la

más ingenua trampa que nunca hayamos visto. Su interior contiene todo lo necesario para realizar una invasión que, por la forma que se ha planteado, yo llamaría «invasión fantasma».

»Una curiosa máquina desconocida para nosotros y en forma de casco, colocaba un minúsculo receptor en la cabeza de cuantos visitaban el platillo. A partir de aquel momento, una cinta magnetofónica especial no cesaba de emitir, día y noche, influyendo en la mente del visitante e interfiriendo sus propias ideas; es decir, haciéndole pensar únicamente como los sirianos querían.

»Desde un principio, los invasores exigieron ser visitados por personajes importantes de la nación en la que se habían posado y así dominaron, en un santiamén, a los políticos, los presidentes o directores de gobierno, así como a los hombres de ciencia.

»En seguida se declaró por doquier que nuestros visitantes deseaban la paz y la concordia en la Tierra y se procedió a la destrucción de las armas que se poseían y de todos los medios de defensa que tanto había costado reunir.

»¿Pueden ustedes imaginar un modo más hábil de atarnos de pies y manos? Bajo su falsa apariencia de pacifistas, los sirianos no deseaban más que desarmarnos para después poder invadir la Tierra sin peligro alguno. Es seguro que no nos conocían mucho y que, en principio, nos temían. Por eso se presentaron como pacifistas.

»Pero no es ésta la única explicación a su curiosa actitud. Hay algo, que hemos descubierto después, que nos ha demostrado una verdad tal y como es: ¡Los sirianos son inferiores a nosotros! Con las armas que poseíamos hubiésemos podido destrozarles.

»Yo he sido objeto, personalmente, de una persecución especial de la que aún no poseo detalles completos para explicarla con claridad. Pero eso no importa ahora. Lo que sí quiero decir es que, si se me persiguió, fue porque estaba preparando algo que podía echar por tierra todos los planes sirianos.

»Mis estudios me hicieron descubrir una nueva aleación: el «cromotántalo», sustancia capaz de proporcionarnos los medios definitivos para realizar toda clase de viajes interplanetarios y, al mismo tiempo, de poseer una coraza efectiva contra toda clase de armas.

»Ellos debieron conocer, por medio de máquinas analizadoras, desde el espacio, la existencia de esa sustancia y empezaron por intentar suprimirme, cosa en la que no cejaron en momento alguno.

»Ustedes se estarán preguntando, sin duda, por qué los sirianos, aparentemente más poderosos que nosotros, habían de preocuparse por la aleación que yo estaba preparando. Yo también me pregunté lo mismo, hasta que, por puro azar, al salir del platillo, que destruí, me percaté de que la

sustancia que lo formaba era algo parecido a mi aleación... pero mucho más inferior que el «cromo-tántalo».

»¡Ahí estaba la explicación a todos los desvelos de los sirianos en cuanto a mi persona se refiere! Si yo hubiese dado a la humanidad mi aleación, las naves sirianas habrían sido destruidas en combate y la invasión hubiese fracasado por completo.

»Gracias a la amabilidad de nuestras autoridades, poderosos aviones han logrado traer hasta Washington el platillo que aterrizó en California. Si hemos hecho esto, es para que ustedes todos, al salir de aquí, puedan comprobar, con sus propios ojos, la verdad de cuanto he dicho.

»¿Se dan cuenta ahora de la misión que les incumbe? Al llegar a sus países de origen deben imitar lo que nosotros hemos hecho aquí... ¡destruir los platillos! Los medios para hacerlo están escritos en unas instrucciones gráficas que les entregarán dentro de poco. En ellos, además de los planos de los platillos, que son todos iguales, se estudia la manera de realizar las destrucciones sin miedo alguno.

»Dense cuenta, señores, de que de ustedes depende el que el mundo escape a la invasión siriana. En cuanto hayan destruido los platillos, los hombres que ahora hablan por boca siriana, comprenderán su error y serán los primeros en darles las gracias.

»Nada más... ¡y mucha suerte!

La visita al platillo fue detalladísima y las preguntas no cesaban de hacerse. Peter, a pesar del cansancio que había caído sobre él, estaba contento al ver que nadie dudaba de sus palabras y que todos aquellos hombres le habían comprendido y estaban dispuestos a llevar a cabo lo que de ellos se esperaba.

Cuando los aviones se fueron llevando a los embajadores y cónsules hacia las cinco partes del mundo, Alan puso la mano sobre el hombro de su amigo.

—¡Has hecho una labor formidable, Peter!

—Ya tenía ganas de terminar, palabra.

—Lo comprendo. Voy a regresar a Los Ángeles para ir preparando la información más colosal que jamás se haya conocido. El Presidente me ha prometido que me avisaría en cuanto se tengan noticias de que esos hombres han destruido los platillos. ¿Vienes?

—No. Yo necesito descansar unos días.

—Pero luego vendrás a casa, ¿verdad? No olvides que las fórmulas están allí.

—Ya lo sé. Volveré, te lo prometo.

* * *

¿Cómo era posible que el aburrimiento le cercase de aquella manera?

Lo había intentado todo. En Las Vegas, nada pudo calmar la ansiedad y el hastío que, al mismo tiempo, se habían apoderado de él.

Las noticias que fue leyendo en la prensa o que oyó en la TV iban confirmando el triunfo completo de los humanos sobre las máquinas enviadas por los sirianos. Aquello, naturalmente, le alegró mucho, pero su angustia siguió en pie.

Hasta que decidió irse de nuevo a Los Ángeles.

Tenía ganas de estar junto a Alice y Alan, de no vivir más en aquella soledad inaguantable.

Aquella noche cogió la maleta y bajó al hall, dirigiéndose a la conserjería para pagar la nota; luego, cuando avanzaba hacia la puerta le preguntaron:

—¿Va usted a Los Ángeles, señor Holder?

Se quedó como de piedra, sin atreverse a volverse, creyendo firmemente que se trataba de una alucinación, de una broma de los sentidos.

—¿Va usted a Los Ángeles, señor Holder? —repitió la voz.

Entonces se volvió.

Linda como nunca, Lucy estaba allí, con una maleta en la mano, sonriéndole.

—¿Le molestaría llevarme? —insistió ella—. Detesto el viaje por avión.

Sin decir nada, fatalista, él se apoderó de la maleta de la joven y la precedió, saliendo fuera y dirigiéndose donde tenía aparcado el coche.

Colocó las maletas en la parte posterior, cerró y fue a sentarse ante el volante.

Ella ya estaba sentada.

El vehículo se puso en marcha y pronto quedó la ciudad detrás, como una antorcha multicolor que luciese bajo el cielo estrellado.

Durante algún tiempo, Peter condujo, con los labios apretados, no sabiendo qué pensar de todo aquello. Le parecía haber vuelto hacia atrás, hacia un paso remotísimo y que el resto, todo lo que había ocurrido en el intervalo, no era más que una pesadilla, un mal sueño.

Por fin se decidió.

—¡Creí que no la vería más, Lucy!

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque estaba convencido de que era usted una siriana, si es que esas criaturas tienen mujeres.

—Muy divertido.

Hubo una pausa.

—¿Quién es usted? Creo que ahora podrá decírmelo, ¿verdad?

—Yo soy alguien menos incrédula que usted, Peter. Pero repetiré de nuevo mi presentación: me llamo Lucy Greene, soy artista de circo, telépata...

Él la interrumpió:

—¡Por favor!

—¿Qué le ocurre?

—¡No vuelva a nombrar esa palabra! Me trae mala suerte.

—¿Usted cree? —Y después de un nuevo silencio—: Yo estoy convencida de haber hecho cuanto pude por usted.

—¿Se refiere a lo del accidente?

—Sí.

—Es formidable que no haya podido explicarme lo que ocurrió entonces. Muchas otras cosas, que eran misterios oscuros, han sido aclaradas. Pero aquello no...

—¿Quiere usted saberlo?

Él se volvió hacia la muchacha, sorprendido.

—¿Está usted dispuesta... a decirlo?

—¿Por qué no? Aunque leo en sus ojos la desconfianza. Yo, en verdad, tampoco lo he sabido hasta hace muy poco.

—¡Explíquese, por favor!

—En seguida. Ya le he dicho, muchas veces, señor descreído, que yo intuí, en el hall del hotel que acabamos de abandonar, que le iba a ocurrir a usted algo, que iba a tener un accidente y que yo podía aminorar los resultados.

—Sí, eso ya lo sé.

—¡Pues eso es lo que yo sabía, como usted, hasta hace poco! Yo estaba buscándolo, por Los Ángeles, temiendo que, desoyendo mis consejos, hubiese ido a San Bernardino.

—Y fui.

—Lo he sabido después. Bien, mientras le buscaba, me enteré, telepáticamente, del lugar donde se encontraba Jack Apple.

—¿El vagabundo?

—Sí, el vagabundo sensitivo. Estaba en el hospital.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Escuche. Apple estaba en el hospital con una herida infectada en la cabeza. Cuando hablé con el médico, éste me dijo que se trataba de una minúscula placa que se había infectado, debido a que nuestro buen Apple no acostumbra a lavarse con frecuencia.

—¡Una placa! ¿Sabe usted lo que significa?

—Sí, Peter. Apple fue el primero que entró en el platillo, sólo que él, sensitivo puro, no recordó nada después. Fíjese bien que los sirianos estuvieron sobrevolando la Tierra; es decir, su aparato vacío, hasta que la mente sensitiva de Apple les guió. Por eso aterrizaron junto al vagabundo, en los alrededores de San Bernardino.

—¡Es fantástico!

—Él atrajo el aparato porque ellos necesitaban a alguien que, venciendo el miedo y los reparos, penetrase en el platillo. Así lo hizo Apple, obediente como todos los sensitivos. Allí recibió instrucciones concretas: las de matarle a usted.

—¿Eh?

—Sí, amigo mío. Apple se alejó del platillo, robando un coche en las cercanías de San Bernardino. Con el coche, atravesó Los Ángeles y se dirigió hacia Las Vegas. La máquina de los sirianos había descubierto la presencia de usted en aquel lugar y sabían que usted iba a dirigirse hacia Los Ángeles.

—¿Entonces era Apple quien dirigía aquel coche con los faros apagados?

—Sí. En principio, Apple debía morir, como usted, en el choque, pero mi presencia evitó las dos muertes...

—Comprendo.

—Inmediatamente después, cuando los sirianos, siempre a través de su máquina, supieron que Jack había fracasado, le llamaron. Apple restituyó el coche al lugar donde lo había cogido, imagínese la sorpresa del dueño al ver que estaba averiado, y volvió a la carretera, comunicando después a la policía la «llegada» del platillo, sin recordar que ya había estado dentro.

—Éso lo esclarece todo.

—En parte. Porque cuando yo me di cuenta de la existencia de un sensitivo y pensé en utilizarlo para avisarle a usted, descubrí en la mente de Apple muchísimas cosas. Por eso yo sabía que para entrar en el platillo, sin exponerse a ningún peligro, se tenía que llevar un casco.

—¿No decía usted que no podía leer en las mentes de los demás?

—Y es verdad. Sólo los sensitivos son para nosotros, los telépatas, como libros abiertos.

Hubo una pausa.

—Lo curioso —dijo Peter —es que a pesar del casco, Alan cayó en poder de la máquina.

Ella sonrió.

—Su amigo Karson es sensitivo también, Peter. La máquina le convenció y fue él mismo quien se quitó el casco.

—¡Alan sensitivo! ¿Cómo lo sabe usted?

—Me di cuenta al verle, cuando fui a visitarle ayer.

—¿Cómo? ¿Ha estado en casa de los Karson?

—¡Pues claro! ¿Cómo creía entonces que iba a saber dónde encontrarle? ¿O es que sigue creyéndome una siriana con superpoderes?

El lanzó una alegre carcajada.

—¡Es fantástico!

—¿El qué?

—El que haya llegado a creer que usted era algo raro, una criatura de otro mundo, capaz de convertirse en cualquier cosa, en cualquier momento.

—No es un piropo, ni muchísimo menos.

La miró.

—No se enfade, Lucy... no quise ofenderla.

—¿De verdad?

—De verdad. Comprenda que yo ignoraba todo eso de telepatía y sensibilidad... ¿Cómo quería usted que acogiese su presencia que siempre ha sido, confesémoslo, un tanto insólita?

—Tiene usted razón, Peter.

Hubo un larguísimo silencio; luego él empezó:

—Lucy...

—¿Qué?

—Espero que no habrá usted venido a anunciarme un nuevo accidente.

Ella sonrió.

—No; pero en cierto modo...

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada.

Otra nueva pausa.

El coche corría por el desierto bajo un cielo estrellado, en medio de una temperatura deliciosa.

—Lucy...

—¿Qué?

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí.

Él frenó, bruscamente, volviéndose hacia la muchacha, a la que cogió en sus brazos, besándola.

—¡Oh, Lucy!

Y cuando el beso terminó confesó:

—¡Si supieras las ganas que tenía ya hace días de decirte esto...!

—Yo ya te dije, hace un momento, que no podía anunciarte un accidente, pero...

La miró, con asombro.

—¿Cómo? ¿Sabías que me iba a declarar?

—¡Claro!

—¿Por tu poder telepático?

—¡No seas ridículo, Peter, amor mío! ¿Desde cuándo ha necesitado una mujer poder telepático para intuir que un hombre está por sus huesos?

Y lanzaron una carcajada.

Por encima de ellos, el cielo estrellado escondía la huida de unos seres que, despechados y vencidos, volvían hacia las estrellas.

Una vez más, la Tierra se había salvado.


FiN

CRISIS

¡LA HUMANIDAD DIEZMADA HABÍA LLEGADO AL LÍMITE DE SU EVOLUCIÓN, DE SU RESISTENCIA A LA MUERTE...!

CRISIS

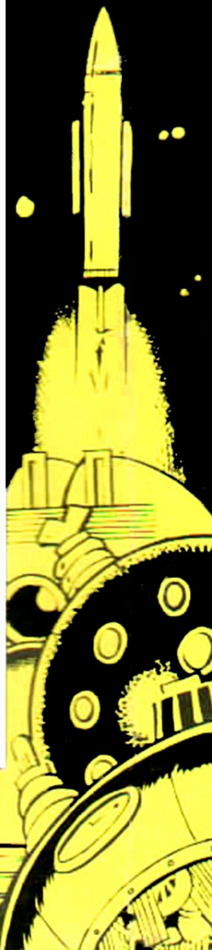
ANTE LO QUE EL DESTINO LE OFRECÍA, EL MUNDO NO SE ATREVIA A ESCOGER; NADIE SE VEÍA CAPAZ DE DECIDIR LA SUERTE DE LA HUMANIDAD.

CRISIS

¡PERO LA RAZA HUMANA NO DEBÍA TERMINAR!
¿CÓMO?...

CLARK CARRADOS

es el originalísimo escritor que, en el próximo número, se ha superado a sí mismo.



Escena de TORPEDOS HUMANOS

Distribuida por U. Films

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos